Sobre quien viene el castigo.

SOBRE QUIEN VIENE

EL CASTIGO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Representado por primera vez en el TEATRO DE APOLO el dia 16 de Febrero de 1880.



MADRID
TIPOGRAFÍA DE G. ESTRADA
Doctor Fourquet, 7
1880

AL SEÑOR

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS

Siempre he profesado á V. la más entusiasta admiracion. Hoy además me dispensa V. su cariñosa amistad.

Sírvame esto de escudo para poner al frente de esta obra el nombre del maestro insigne, del amigo querido y del primero de los autores dramáticos españoles; yendo envuelta en esta dedicatoria la admiracion con la gratitud y el cariño.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA (17 años). . . .	D.ª Josefa Hijosa.
CONSUELO (34).	D.ª Amparo Diaz.
ERNESTO (38).	D. Ricardo Morales.
JULIAN (38).	D. José Gonzalez.
DON LORENZO (70). . .	D. Francisco Oltra.
FEDERICO (24).	D. Pedro Ruiz de Arana.
ANTONIO.	D. Mariano Fernandez.
RAMON..	D. Enrique Terceño.
CRIADOS.	D. N. N.

La accion en Madrid: época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

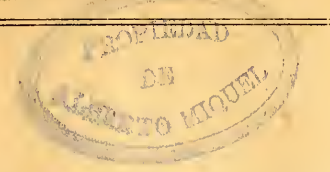
¿Son tal vez castigo del culpado los dolores del inocente? ¿Paga tal vez el inocente algo por el culpado? ¿Qué ojos mortales penetrarán los designios de tu misericordiosa justicia?

. . . .

. . . .

No hay mal que por bien no venga. —Acto 3.º—Escena I.

Joaquin Estébanez.



ACTO PRIMERO.

Salon amueblado con mucho lujo.—Dos puertas grandes en el fondo.—En el centro una elegante chimenea encendida.—A la derecha dos puertas.—A la izquierda, en primer término, una puerta; en segundo término un balcon.—Dos butacas al lado de la chimenea.—En primer término izquierda un confidente y un velador pequeño con libros, papeles, etc.—En el centro de la escena otro velador grande, rodeado de tres butacas, dos á los costados y otra detras del velador, frente al público.—Consolas, espejos, adornos de mesa, etc., etc.

L. Fando.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO aparece muy pensativa, sentada en el confidente. ELVIRA sale por la primera puerta de la izquierda, con u pañuelo bordado en la mano. Al ver á Consuelo se acerca ella rápidamente y la da un beso.

ELVIRA. ¡Adios, mamá!
CONSUELO. ¿Tan temprano
levantada?
ELVIRA. ¡Ya lo creo!
(Presentándola el pañuelo.)
¡Mira! ¿Te gusta? He tenido
que aprovechar bien el tiempo!
Me propuse acabar hoy
mi trabajo, y para hacerlo
he renunciado gustosa
la noche pasada al sueño.
CONSUELO. ¡Eso ha sido una locura!
ELVIRA. Ya sabes que mi deseo
era que hoy papá luciera

en su dia mi pañuelo.

CONSUELO. Yo aplaudo que quieras tanto
á tu padre, mas no apruebo
que hayas en vela pasado
toda la noche por eso.

ELVIRA. ¡Qué importa!

CONSUELO. Mucho, hija mia.
Aún hace muy poco tiempo
que has salido de una grave
enfermedad...

ELVIRA. ¡Ya me encuentro
bien! Ademas, no hace daño
una noche de desvelo,
cuando no son los pesares
los que nos quitan el sueño.
Por eso, si alguna vez,
miéntras bordaba el pañuelo,
de tanto y tanto fijarme,
sentí de lágrimas llenos
los ojos, con alegría
me los secaba diciendo:
«llanto que nace del alma,
al brotar abrasa el pecho;
cuando es sólo de los ojos,
más que dolor da consuelo.»
¡Verás tú cómo despues
de mi trabajo hallo el premio!
¡Papá va á alegrarse mucho!
—¿Se ha levantado?

CONSUELO. Aún no es tiempo.
¡Se acuesta tan tarde!...

ELVIRA. —¡Ah!... díme;
ya me olvidaba...

CONSUELO. ¿Qué es ello?

ELVIRA. ¿Quién era aquella señora,
francesa, si mal no infiero,
que estaba anoche en el Real,
en un palco, junto al nuestro?

CONSUELO. ¿Aquella?... (Disimulando su turbacion.)

ELVIRA. La que papá
visitó.

CONSUELO. Sí: ya recuerdo.

ELVIRA. ¿Verdad que es hermosa?

CONSUELO. (Reprimiéndose.) ¡Mucho!
ELVIRA. Fingir no puede el deseo
ni un rostro más ideal,
ni un conjunto más perfecto.
¡Quién tuviera su elegancia!
CONSUELO. ¡Ah... no!... ¡no sigas su ejemplo!
¡No la quieras imitar!
ELVIRA. ¿Por qué? ¿qué mal hay en eso?
CONSUELO. Tú no sabes, hija mia,
que del mundo en los senderos
los abismos más profundos
están de flores cubiertos.
No es la belleza del rostro
de un alma pura el reflejo,
que á veces, para ocultarnos
mejor su terrible aspecto,
bajo un semblante divino
su fuego esconde el infierno.
No flota nunca la perla
en los mares turbulentos,
que oculta en el fondo, duerme
de su concha en el encierro,
miéntras hay lagos azules
que guardan fondo, de cieno.
Esa hermosura que brilla,
que deslumbra al mundo entero,
de la virtud no se aviene
con el oscuro reflejo:
como la perla su concha
tiene su modestia el mérito.
ELVIRA. Pero... ¿acaso esa mujer
es mala?
CONSUELO. No he dicho eso.
ELVIRA. Entónces... ¿por qué?...
CONSUELO. (Con mal reprimida inquietud.)
Ya basta:
no hablemos más...
ELVIRA. ¿Tambien esto
te incomoda?
CONSUELO. No, hija mia.
ELVIRA. Pues entónces no comprendo...
CONSUELO. Hablemos de Federico:
¡eso es mejor!

ELVIRA. ¡Sí, sí!... ¡Bueno
está Federico!

CONSUELO. ¿Qué?
habeis reñido de nuevo?
¡Qué niños sois!

ELVIRA. ¡En el teatro
estuvo anoche más terco!

CONSUELO. Pero ¿por qué?

ELVIRA. (Enfadada.) ¡Me fastidia
con sus infundados celos!

CONSUELO. ¡Te quiere tanto!

ELVIRA. ¡Si yo
le quiero á él más!

CONSUELO. ¡Es tan bueno!

ELVIRA. ¡En su cariño, en su amor
toda mi esperanza he puesto!
¡Si me faltára algun dia,
fuera mi vida un tormento!

(Con alegría viendo salir á D. Lorenzo por la segunda puerta de la izquierda, apoyado en su baston.)

¡Ah!

CONSUELO. ¿Qué?

ELVIRA. ¡Mira!... ¡El abuelito!

(Va corriendo á recibirle, y dice con mucha gracia, cuadrándose al lado de la puerta.)

¡Ya está formado el ejército!

ESCENA II.

DICHAS.—DON LORENZO.

ELVIRA. (Saludando marcialmente á D. Lorenzo.)
¡Presente, mi general!
¡A la

D. LORENZO. (Contemplándola embobado.)
¡Je, je!... ¡Arrapiezo!

ELVIRA. Apóyese usté en mi brazo...
y ¡firmes!

D. LORENZO. (Apoyándose.) ¡Bravo refuerzo!
(Quejándose de la pierna.)
¡Ay, ay!... ¡Voto á mil legiones!...

ELVIRA. Cuidadito con los ternos,
que no estamos en campaña.

CONSUELO. ¿Qué tal la noche?

D. LORENZO. Ya el sueño
va haciendo mis dias largos,
segun se me acorta el tiempo.

ELVIRA. (Haciendo que se siente al lado de Consuelo.)
Siéntese usté aquí.

D. LORENZO. (Sentándose.) ¡La gota
es mi enemigo!

ELVIRA. (Acariciándole.) Hasta luégo.

D. LORENZO. ¿Te marchas ya?

ELVIRA. Voy aquí,
al balcon: que en el pañuelo
que á papá he bordado, faltan
cuatro puntadas, y quiero
concluirle ántes que salga.

D. LORENZO. (Con marcada intencion.)
¡Al balcon!... ¡Ya lo comprendo!
Si ves... por *casualidad*,
sin fijarte mucho en ello,
pasar por la calle...

ELVIRA. ¿A quién?

D. LORENZO. A un jóven listo y apuesto,
que es mi ayudante, y se llama...
(Sonriéndose con intencion.)
¿No recuerdas?

ELVIRA. (Desentendiéndose.) No recuerdo.

D. LORENZO. ¡Federico!

ELVIRA. (Con gracia picaresca.) ¡Ah, sí! En seguida
subirá. ¡Respondo de ello!

D. LORENZO. ¡Ya es responder!... ¡Anda, anda,
buena pieza!

ELVIRA. (Enseñándole el pañuelo.)
¡En un momento
le acabo!
(Se sienta junto al balcon y se pone á bordar.)

D. LORENZO. (A Consuelo.) ¿Qué es lo que anoche
me decias de ese trueno
de Julian, amigo íntimo
de tu esposo?

CONSUELO. Ni me atrevo
á recordarlo.—Es un hombre

de un trato fino y atento
que seduce y enamora
á cuantos le hablan. Confieso
que yo misma le tenía
por un buen amigo, y luégo
me convencí, por desgracia,
que es de esos hombres funestos
que en sus palabras de miel
destilan mucho veneno.
Federico, que es celoso,
y que ama á Elvira con tierno
y puro amor, cierto dia
me hizo notar que en efecto
se fijaba mucho en ella,
y aunque al fin y al cabo, eso
fué solo, á lo que imagino,
un infundado recelo
de Federico, ese hombre
es causa de mis desvelos
contínuos.

D. LORENZO. ¿El?..

CONSUELO. Sí señor.

D. LORENZO. Explícate.

CONSUELO. Con Ernesto
intimó de tal manera,
que ya ni un solo momento
se separan, y esta casa
no parece ya en efecto
la suya.

D. LORENZO. ¡Hola!

CONSUELO. Julian vive,
segun he podido luégo
averiguar, con gran lujo,
en una casa que es centro
de orgías y bacanales
escandalosas, y Ernesto...

D. LORENZO. Basta ya. Comprendo toda
tu afliccion, y te prometo
que desde ahora tomo cartas
en este asunto. Hoy no puedo
ya por el dia ir á casa
de Julian, porque tenemos
que tratar varios asuntos

graves en el Ministerio,
pero despues de comer
iré á verle y hablaremos
como el caso lo reclama,
sin ambajes ni rodeos.

CONSUELO. Ya solo en usted confio.

ELVIRA. (Acercándose y presentando el pañuelo á Don Lorenzo.)
¡Ya se terminó el pañuelo!
¿Qué tal?

D. LORENZO. (Examinándole.) ¡Bonito trabajo!

ELVIRA. El dia de San Lorenzo
bordaré otro... con batallas,
y cañones, y morteros...
¡que ha de meter mucho ruido!

D. LORENZO. Donde tú estés, en efecto
no faltará.

CONSUELO. (Levantándose.) Voy á dar
várias órdenes y vuelvo
en seguida.

ELVIRA. (Besándola.) ¡Adios, mamá!

CONSUELO. ¡Ten juicio!

ELVIRA. ¡Vaya!

CONSUELO. Te dejo...

ELVIRA. ¡Con mi general! Ya sé
bien la ordenanza.

CONSUELO. Hasta luégo.

(Váse por el foro.)

ESCENA III.

ELVIRA.—D. LORENZO.—Despues CONSUELO por el foro.

ELVIRA. ¿Me dispensa usté el honor
de sentarme... en este asiento
á su lado?

D. LORENZO. (Con cariño.) Aquí... más cerca!
(Sentándose á sus pies en una banqueta.)

ELVIRA. Gracias. Ahora lo primero
es preguntarle... con mucho
cariño... «Papá Lorenzo,
¿qué tal se encuentra en Madrid?»

D. Lorenzo. A vuestro lado yo creo
que mis años disminuyen
segun aumenta mi afecto.
Por lo demas, cuatro dias
hace que llegué, y aun tiempo
no he tenido para ver
ni hacer nada de provecho.

Elvira. ¿Cómo nada! (Con exageracion.)

D. Lorenzo. ¡Ah, sí!.. ¡es verdad!
Olvidaba el nombramiento
de Ayudante que dí ayer
á Federico. Hoy se ha puesto
los cordones, y quizás...
se habrá enredado ya entre ellos
algun tierno corazon
á estas horas: ¿eh?..

Elvira. (Con seriedad cómica.) Todo eso
¿lo dice por mí?

D. Lorenzo. ¡Quién sabe!..

Elvira. Pues yo, que ni jota entiendo
de indirectas, le diré
que sin cordones, con ellos,
de militar, de paisano,
en verano y en invierno
le quiero... en fin... "porque sí;"
¡que es una razon de peso!

D. Lorenzo. Y yo por esa razon
tan... contundente, he dispuesto
ascenderle... á general.

Elvira. (Con la misma seriedad cómica.)
¿Y diga usté, hasta ese tiempo
voy á estar yo haciendo guardias?
¡No me conviene!

D. Lorenzo. Pues ello
es preciso ir poco á poco
templando la cuerda.—En eso
te pareces á tu padre:
corazon ardiente; fuego
por las venas;
(Señalando la cabeza.)
y de aquí...
tan ligera como el viento.
¡Eres una polvorilla!

Nacida tú en otros tiempos
hubieras llegado á ser
una heroina...

ELVIRA. En pequeño.

D. LORENZO. (Entusiasmándose con sus recuerdos.)
¡Ah, si esos tiempos volvieran!
¡si yo no me viera viejo,
y achacoso, y...—¡voto á sanes!—
¡que se me crispan los nervios!

ELVIRA. Eso es quejarse de vicio,
¡y ese es un vicio muy feo!
¡Aun está usted hecho un pollo!

D. LORENZO. ¡Burlona!

ELVIRA. (Con entusiasmo.) Cuando le veo
con ese aspecto marcial,
montado en su potro negro,
al pasar una revista,
marchando á trote ligero,
me entusiasmo, y con orgullo
que soy su nieta recuerdo!

D. LORENZO. ¡Calla, calla!.. ¡no me saques
de mis casillas!

ELVIRA. (Con cariño.) Pues bueno,
callaré si usted en cambio
me refiere algunos hechos
de su gloriosa campaña,
de sus batallas y encuentros
militares!...

D. LORENZO. ¿Yo?...

ELVIRA. ¡Está claro!
¡Para eso es usted mi abuelo!
pero... ¡sin echarme bolas!
¿lo entiende usted?

D. LORENZO. (Levantándose despues de mirar el reloj.)
Lo que entiendo
es que son las doce ya,
y tengo en el Ministerio
mucho que hacer hoy.

ELVIRA. ¡Eso es!
¡y me deja usté así!

(Aparece Consuelo por el foro.)

D. LORENZO. Luégo,
á la noche, más despacio,

te contaré..

CONSUELO. ¿Cómo es eso?
¿Se va usted ya?

D. LORENZO. Sí, hija mia:
y hasta las cuatro lo ménos
no me espereis.

ELVIRA. (Saludándole cerca de la puerta.)
General!..

D. LORENZO. Firmes!... Jé! jé! jé!—Hasta luégo.
(Váse por el foro.)

ESCENA IV.

ELVIRA.—CONSUELO y ERNESTO que aparece en la primera puerta de la derecha; despues RAMON por el foro.

ELVIRA. (Dirigiéndose muy alegre hácia Ernesto.)
¡Muy buenos dias, papá!
¡Que los tengas muy felices!

ERNESTO. (Preocupado.) Gracias.

ELVIRA. ¡Qué serio lo dices!...
¿Corre mal viento quizá?

(Ramon entra con una petaca en la mano y una carta que procura entregar á Ernesto sin que le vean. Elvira se acerca á Consuelo, que se habrá sentado á la izquierda.)

RAMON. Los cigarros...

ERNESTO. (Con extrañeza.) ¿Eh?...
(Coge la carta y la guarda.)
(¡Habrá pillo!)
Bien. (Tomando la petaca.)
Que no enganchen el coche.
(Aparte á Ramon con rapidez.)
(Prepara el saco de noche,
el revólver de bolsillo;
en fin, cuanto te encargué:
y sin que nadie lo advierta
lo traes por esa puerta
á mi cuarto.)

RAMON. (Así lo haré.)
(Váse Ramon por el foro.)

CONSUELO. (No sé que extraño misterio
noto hoy en él!)

ELVIRA. (A Consuelo.) (Vas á ver
qué alegre se va á poner!)
(Dirigiéndose otra vez á Ernesto con cariñosa coquetería.)
¿Estás sério?

ERNESTO. ¿Yo?...

ELVIRA. (Recargando la frase.) ¿Estás sério?

ERNESTO. No. (Sonriéndose.)

ELVIRA. (Entregándole el pañuelo.)
¡Pues toma!

ERNESTO. (Examinando con admiracion el pañuelo.)
¡Oh!...

ELVIRA. (Con cariño.) ¡Tu alegría
recompensa mi desvelo!

ERNESTO. ¡Muy bien!... ¡Precioso pañuelo!
¡Muchas gracias, hija mia!

ELVIRA. ¿Gracias?... ¡No! Ni lo consiento
ni á escaso premio me ciño:
págamelo con cariño,
no con agradecimiento!
Tu amor es mi bien mejor,
y si abrigas tal virtud
pudiera la gratitud
quitarle espacio al amor!

ERNESTO. (Con cariño.) ¡Hija!...
(Luchando con sus ideas.)
(Me causa sonrojos!..)

ELVIRA. ¡Si algo vale en el bordado
sólo es porque está regado
con lágrimas de mis ojos!

ERNESTO. ¿Qué dices?... (Con cariñoso temor.)

ELVIRA. ¿Y eso te apura?
(Acariciando á Ernesto.)
¡No!... si es que anoche bordé
con luz, y es claro, lloré...
de fijarme en la costura.
¡Mas el lienzo no mancharon
mis lágrimas!... Ya me rio!...
¡Eran gotas de rocío
y con el sol se ahuyentaron!

ERNESTO. ¿Ves?... te hace daño...

ELVIRA. (Con alegría.) ¡No tal!
¡Fuéron pocas, mas en ellas

quedaron fijas las huellas
de mi cariño filial!
por eso, si con enojos
un dia—Dios no lo quiera—
alguna desgracia hiciera
salir el llanto á tus ojos,
con él, sin vanas porfías,
secártelo no rehuyas,
que así las lágrimas tuyas
se mezclarán con las mias!

ERNESTO. (¡Vamos!... ¡soy un miserable!
Si cada vez que la escucho!...)

ELVIRA. ¡Me quiéres?... (Con ternura.)

ERNESTO. Sí.

ELVIRA. ¿Mucho?

ERNESTO. ¡Mucho!

ELVIRA. ¡Prueba al canto! (Con gracia.)

ERNESTO. Habla.

ELVIRA. ¿Que hable?...

(Despues de dirigir una expresiva mirada á Consuelo, que permanece pensativa al otro lado.)

Pues en pago...

ERNESTO. Vamos, ¿dí
qué quiéres?

ELVIRA. (Con viva expresion.) ¡Pues claro está!

(Se acerca rápidamente á Consuelo y la da un beso. Despues dice á Ernesto desde el centro de la escena.)

¡Que quiéras tanto á mamá...
como yo te quiero á tí!

(Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA V.

CONSUELO.—ERNESTO.

ERNESTO. ¡Siempre esa manía fija!
¿Se ha propuesto tu demencia
ponerme ya en evidencia
hasta con tu propia hija?

CONSUELO. ¿Yo?...

ERNESTO. Lo que acabo de ver
en vano en negar te empeñas.
CONSUELO. Tú, con tus actos, la enseñas
lo que no debe saber.
Jamás salió de mis labios
queja ninguna por nada:
estoy tan acostumbrada
á soportar tus agravios!
ERNESTO. ¿Agravios?
CONSUELO. ¿Pues no lo son?...
ERNESTO. Sé lo que vas á decir:
ya estoy cansado de oir
siempre la misma cancion.
Mucha paciencia reclama,
porque en mi casa es cruel
que esté yo haciendo el papel
de traidor de melodrama.
CONSUELO. ¿Y eso te disgusta?... (Con ironía.)
ERNESTO. ¡Sí:
mucho!
CONSUELO. Estás en un error:
los papeles de traidor
los haces fuera de aquí.
ERNESTO. ¡Consuelo!...
CONSUELO. (Con dignidad.) Pues ¿qué deseas?
¿que por tus perfidias pase
y que callando me abrase
en este infierno de ideas,
cuando hieres por igual,
en lucha tan afrentosa,
la dignidad de la esposa
y el cariño maternal?
¿No puedo, al ver tu demencia,
decirte lo que merece?
ERNESTO. Ten prudencia... (Bajando la voz.)
CONSUELO. ¿Te parece
que tengo poca prudencia?
¿Cómo si no, tal encono
ocultando noche y dia,
resignada sufriria
mi dolor y tu abandono,
devorando mi inquietud
en el mundo en que me agito

que da aplausos al delito
y martirio á la virtud!
¿Cómo si no te veria
correr tras esa mujer
que pronto, quizá, ha de ser
tu perdicion y la mia!

ERNESTO. ¡Tu empeño tenaz traspasa
la calma del más sufrido!

CONSUELO. ¿Qué más prueba? ¿no has querido
hasta traerla á esta casa!

ERNESTO. Es capricho singular
que por una bagatela
has de hacer una novela
de la cosa más vulgar.
Que en esta casa ha quedado
un cuarto sin arrendarse
y que ha querido mudarse
al piso desalqüilado.
Soy su dueño, y vino á mí
sus deseos esponiendo.
¡Eso es todo! ¡No comprendo
qué crímen hallas aquí!

CONSUELO. Recuerda otro tiempo y fija
tu memoria bien escasa.
¿Vas á profanar la casa
donde ha nacido tu hija?

ERNESTO. ¿Profanar!... ¿por qué razon
tan duro nombre merece?...

CONSUELO. ¿Lo dudas? ¿aún te parece
pequeña profanacion?
¿Quiéres con perfidia nueva
juntar en union odiosa
á la legítima esposa
con la impúdica manceba?
¡No bastaba que en mi hogar
ocultase mi agonía;
allí mismo me vendria
tu desenfreno á ultrajar!
¿Mas qué importa lo que exija
si á nada tengo derecho?
Que cobije un mismo techo
á esa mujer y á tu hija!
¡hazlo!... ¡así mi sacrificio

tendrá mayor magnitud!
¡así estará la virtud
pared por medio del vicio!

ERNESTO. Basta ya de impertinencia,
que aunque quise ser sufrido,
ya por fin has conseguido
acabar con mi paciencia.

CONSUELO. Me voy. ¡Sé que junto á tí
solo cabe esa mujer!
Mas si te atreves á hacer
que ella se presente aquí...

ERNESTO. ¿Qué? ¿me amenazas!

CONSUELO. Quizás.
Pues conducta tan impía
la esposa la sufriria,
pero la madre... ¡jamás!
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

ERNESTO y JULIAN, que aparece en la puerta del foro al decir Consuelo los últimos versos.

JULIAN. (Desde el foro.)
¿Hay tempestad?

ERNESTO. Ya la ha habido,
¡y formidable!... ¡Me ha puesto
como nuevo!

JULIAN. (Entrando.) Pobre Ernesto;
¡no sirves para marido!

ERNESTO. ¡Ay Julian!... ¿Tú de esta lid
los horrores has probado?

JULIAN. ¡El Cid tambien fué casado!

ERNESTO. ¡Por eso es valiente el Cid!

JULIAN. ¡Eh!... ¡Ten calma y energía!
¡Haz que respeten tus fueros!

ERNESTO. ¡Y hay en el mundo solteros
que se casan todavía!

JULIAN. Algo existe, á no dudar,
peor: ¡hay séres muy rudos!

ERNESTO. ¿Peor que eso!

JULIAN. Sí: ¡hay viudos
que se vuelven á casar!

ERNESTO. ¡Y la ley no ha castigado
tal crímen con un presidio!
¡Yo comprendo un suicidio,
pero dos... es demasiado!

JULIAN. La mujer es mala ó buena,
segun nuestro afan la copia;
¡no hay nada peor si es propia
ni mejor cuando es agena!

ERNESTO. No: no es ese el malestar
que me agita; no lo creas:
son distintas las ideas
que me vienen á inquietar.
¡Es otra duda prolija,
otro temor, otro afan!...
¡Si tú supieras, Julian,
lo que es tener una hija!
(Movimiento de disgusto en Julian.)
Ya sé que tu testimonio
en esto no es oportuno:
tú no has tenido hijo alguno
durante tu matrimonio...

JULIAN. No, pero... (Queda pensativo.)

ERNESTO. (Marcando mucho la frase)
Pudiera ser
tambien... ¡no me estrañaría!...
(Julian sigue pensativo.)
¿Te preocupa?... (Con intencion.)

JULIAN. ¡Qué manía
tienes en querer hacer
padre... á todo el mundo!

ERNESTO. No;
no es eso: ¡mas si supieras
lo que es una hija! ¡Si vieras
á mi Elvira! ¡Chico!... ¡Yo,
aunque á tí te desespere,
sin rubor te lo confieso,
con un mimo... con un beso
hace de mí lo que quiere!

JULIAN. ¿Tu hija!... ¡cualquiera que sea
siendo mujer!

ERNESTO. Te lo estimo.

JULIAN. ¡Si á tí, en haciéndote un mimo,
ya estás como una jalea!

¡Recuerdo cierta Tomasa,
que una vez te enamoró
solo porque te llamó
"chiquirritin de la casa!"

ERNESTO. ¡Qué mujer tan ideal!

JULIAN. ¡Y qué bien te comprendia!
¡Cada *monin* que decia
te costaba un dineral!

ERNESTO. ¡Cierto!... ¡Tenía tal maña
que enloquecia al más cuerdo!

JULIAN. En París la ví: recuerdo
que conmigo volvió á España.

ERNESTO. ¡Oh!... ¡París!... ¡qué vida!—¿Dí,
qué fué de aquella francesa?...

JULIAN. ¿Quién, Aurora?

ERNESTO. No; no es esa;
una que yo nunca ví:
mas de ella siempre me hablabas
con tal fuego y tal porfia
que claro se comprendia
lo entusiasmado que estabas.

JULIAN. ¡No sé!... ¿Milagros?... ¿Consuelo?...

ERNESTO. Milagros hacía, sí;
¡pues hizo un volcan de tí,
que eres más frio que el hielo!

JULIAN. (Recordándolo con disgusto.)
¡Ah!... sí. ¡María! Ya sé...

ERNESTO. Justo. (Breve pausa.)
¿Díme... no murió?

JULIAN. Si tal. (Preocupado.)

ERNESTO. ¿Y no te dejó
ningun recuerdo?... (Con intencion.)

JULIAN. ¿De qué?

ERNESTO. De esos que tanto guardamos,
porque á nuestra alma cautiva
recuerdan la imágen viva
de otro sér á quien amamos.
De esos que Eva nos dejó
con la pícara manzana,
y que al fin hoy ó mañana
nos dicen: "¡aquí estoy yo!"

JULIAN. No hables de María. Fuí
cruel al abandonarla,

y hoy despierta, al recordarla,
remordimientos en mí.
¡La amé con viva pasion!
¡Al lado de esa mujer
no hubiera llegado á ser
tan triste mi condicion!
¡Hoy mi conducta maldigo
y ahogo en placeres la pena!
¡En vida de azares llena
el recuerdo es el castigo!

ERNESTO. ¿Moralizas?... (Burlándose.)

JULIAN. (Desechando sus recuerdos.)
Es verdad.
Olvidemos lo que fuí,
y hablemos sólo de tí
con entera libertad.
—¿Qué es de tu Amelia? Hasta ahora
no me has dicho nada de ella.

ERNESTO. (Con entusiasmo.)
¡Oh!

JULIAN. Qué, ¿es cierto que es tan bella?

ERNESTO. (Bajando la voz, pero con el mismo entusiasmo.)
¡Angelical!..... ¡Seductora!

JULIAN. ¡Hola!.....

ERNESTO. ¡No tiene rival!
¡Me vuelve loco!

JULIAN. ¡Lo creo!

ERNESTO. ¡Chico, ni el mismo deseo
imagina cosa igual!
No la hay más interesante,
ni más lista, ni más buena:
figúrate una morena
delgada, esbelta, arrogante;
con ojos que dejan ciego,
rasgados, grandes y puros,
como el azabache oscuros
y brillantes como el fuego;
que semeja, con sorpresa,
cuando ante tu vista cruza,
por sus gracias... andaluza,
por sus encantos... francesa!
¿Dónde mayores hechizos,
ni qué gracia se compara

al óvalo de su cara
ni á lo negro de sus rizos?
De su boca la frescura
palpitante de placer,
que al abrirse deja ver
su nevada dentadura,
no reconoce rival;
y ante ella, en espacio breve,
pierde su encanto la nieve
y su hermosura el coral.
Al que la viese riendo
su boca pareceria
una concha que se abria...
hilos de perlas luciendo!
Y basta de ponderar
hermosura tan inquieta,
porque yo no soy poeta
y empiezo á desvariar.
Une á tanta poesía
y á bellezas tan marcadas
un alma de esas templadas
por el sol del Mediodía;
una cabeza ligera,
un valor que me enamora,
una gracia encantadora
y una pasion verdadera;
y sumando con exceso
tanto y tan grande atractivo
tendrás el retrato vivo
de la que me roba el seso!
Por eso á su lado voy
y en mi voluntad impera;
¡ay, Julian!... ¡Si me perdiera
ya sabes tú donde estoy!

JULIAN. ¡Tienes más suerte que yo!

ERNESTO. No estoy descontento.

JULIAN. Vamos...
¿Pero, en fin, en qué quedamos,
te vas á París ó no?

ERNESTO. Sí, sí; se lo he prometido
y lo cumpliré; me voy.

JULIAN. ¿Y cuándo es la marcha?

ERNESTO. Hoy;

ya es asunto decidido.

JULIAN. ¡Pero hombre! tan pronto...

ERNESTO. Sí.

JULIAN. Calma un poco tu arrechucho.

ERNESTO. Nada, si lo pienso mucho
me voy á quedar aquí.
Además, tú sabes ya
que en esta casa ha quedado
un cuarto desalquilado,
que Amelia rabiando está
por vivir, y cuando intenta
algo..... ¡es muy capaz de todo!
Irme es el único modo
de conjurar la tormenta.

JULIAN. Sí, pero.....

ERNESTO. Tambien sospecho
que hoy quiere venirlo á ver.

JULIAN. ¿Y tú?...

ERNESTO. ¿Yo?... ¿Qué le he de hacer?
Si ella usa de ese derecho
¿quién se lo puede estorbar?

JULIAN. Mas tu mujer...

ERNESTO. Lo sé: sí.

JULIAN. ¡Como se encuentren aquí
solas..... se van á arañar!

ERNESTO. Pues por eso es conveniente
que yo esté aquí.

JULIAN. Bien pensado.

ERNESTO. ¡Estando yo..... no hay cuidado!
Mi mujer será prudente.
Ya tengo escrita esta carta
á mi Amelia.
(Sacándola con reserva.)
De este modo
la explico bien claro todo
y la decido á que parta.
Ahora un escándalo puede
destruir mi plan. Me inspira
ademas temor que Elvira
descubra lo que sucede.

JULIAN. ¡Si al cabo lo ha de saber!...
¿Cómo lo vas á impedir?

ERNESTO. Al momento de partir

escribiré á mi mujer.
Diré que un urgente aviso,
que un negocio... Sí, Julian;
así no estorban mi plan
y salgo del compromiso.
He contado con tu casa.

JULIAN. Bien; mas...

ERNESTO. Mi mujer me espía,
y fácilmente podria
averiguar lo que pasa.
La casa de Amelia ya
la sabe bien: ir no puedo,
pero en la tuya no hay miedo;
allí no me encontrará.

JULIAN. Pero Amelia ¿quién te fia
que irá á casa de un amigo?

ERNESTO. Para que vaya la digo
que la casa tuya es mia.
Tengo ya muy bien pensado
mi plan: fracasar no puede.

ESCENA VII.

DICHOS.—RAMON por el foro, con mucha precaucion y con un saco de noche en la mano y un rewolver de bolsillo. Julian se sienta en la butaca que está detras del velador del centro, frente al público, y se pone á examinar el rewolver que le da ERNESTO.

RAMON. (Asomándose por entre las colgaduras de la puerta del foro.)
Señorito...

ERNESTO. ¿Qué sucede?

RAMON. (Entrando.) Ya está todo preparado.

ERNESTO. Bien: luego podrás hacer
el equipaje.

RAMON. Se hará.

ERNESTO. ¿Y el rewolver?

RAMON. (Dándosele.) Aquí está
ya corriente.

JULIAN. A ver, á ver.
(Ernesto se lo entrega á Julian.)

ERNESTO. (A Ramon.) Deja eso en mi cuarto y cierra.

(Váse Ramon por la derecha.)

JULIAN. ¡Precioso rewólver!

ERNESTO. Sí.
Hace un año le adquirí
cuando estuve en Inglaterra.
Si lo quieres...

JULIAN. ¿Quién, yo?.. no.

ERNESTO. Te advierto que está cargado.

JULIAN. Hombre, no tengas cuidado!
¿no sé coger armas yo?

ERNESTO. (Sentándose junto al velador en la butaca que está á la derecha de Julian.)

¡Pues sí; como iba diciendo,
siendo en tu casa la cita
todo peligro se evita.

(Julian sigue examinando el rewolver.)

¡Pero hombre! ¿Me estás oyendo?

JULIAN. ¿No he de oirte!

ERNESTO. De ese modo
á Amelia á solas recibo.
En esta carta la escribo
anunciándoselo todo.
Con que ya sabes; en siendo
la hora de salir de aquí...
¿Pero no me escuchas!

JULIAN. Sí:
pues no te he de estar oyendo!

ERNESTO. Entónces no hay discusion
ya que eso salva el abismo.
Voy á mandarla ahora mismo
esta carta con Ramon.
No tienes que prepararme
nada: poco estaré allí.

(Aparece Elvira en la puerta de la izquierda: Julian sigue examinando el rewolver.)

¡Pero hombre! ¡deja eso ahí...
y haz el favor de escucharme!

(Quita con violencia el rewolver á Julian, y al dejarlo con fuerza sobre el velador se dispara en direccion de Elvira, que dará un grito sobrecogida de espanto Ernesto y Julian acuden inmediatamente á su lado, temerosos de ha-

berla herido. Ernesto, en su natural aturdimiento, ha dejado caer al suelo la carta que tenía sobre el velador. Estúdiese bien esta situacion.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—ELVIRA; luégo RAMON por la derecha y CRIADOS por el foro: despues CONSUELO por la izquierda.

ELVIRA. ¡Ah!
JULIAN. ¿Qué es eso?
ERNESTO. ¡Elvira!.. ¡Oh!
¿Te ha herido?
ELVIRA. ¡Vírgen sagrada!
ERNESTO. ¡Habla!.. ¡Dí!..
ELVIRA. ¡Nada... no es nada!
ERNESTO. Pero ¿te ha herido!
ELVIRA. (Esforzándose por reponer su turbacion.)
¿A mí?.. ¡No!
(Aparecen Ramon y los Criados.)
JULIAN. ¡El susto!.. ¡Es claro!
ERNESTO. ¡Respiro!
ELVIRA. ¡Eso... fué!
ERNESTO. ¿De véras?
ELVIRA. Sí.
CONSUELO. (Saliendo alterada.)
¿Pero qué sucede aquí?
¿Dónde ha sonado ese tiro?
(Fijándose en Elvira.)
¿Qué es eso? ¡Estás agitada!
ERNESTO. El rewolver...
CONSUELO. ¿Eh? ¡Qué escucho!
JULIAN. Pudiera haber sido mucho,
pero al cabo no fué nada.
CONSUELO. ¿Mas cómo ha sido?
ERNESTO. (Señalando el velador.) Al dejar
aquí el rewólver...
JULIAN. Salió
el tiro...
ERNESTO. Y Elvira entró...
CONSUELO. ¡Jesus! ¡la pudo matar
su mismo padre!

ERNESTO. (Con marcado disgusto.) ¿A qué ahora
conduce pensar en eso?
ELVIRA. ¡Es verdad, papá!.. ¡Confieso
que esa idea aterradora
me estremece!
ERNESTO. No, hija mia;
tranquilízate.
ELVIRA. Sí, sí.
(Volviéndose hácia Consuelo.)
¡Ya estoy bien!
CONSUELO. ¡Más vale así!
ELVIRA. (¡Qué triste empieza este dia!)
ERNESTO. ¡Vaya, vaya!.. esto no es nada.
Podeis retiraros.
(Vánse Ramon y Criados por el foro.)
CONSUELO. (A Elvira.) Bien,
pero el susto...
ERNESTO. (A Consuelo.) Tú tambien
eres tan exagerada!..
(Dominando la situacion.)
No pensemos ya un instante...
(A Julian.)
Ven á mi cuarto conmigo:
tengo que tratar contigo
de un asunto interesante.
Perdonadnos, mas los dos,
con negocios... no podemos...
Luégo nos despediremos.
¡Hija mia! Adios, adios.
(Vánse por la derecha Julian y Ernesto.)

ESCENA IX.

ELVIRA.—CONSUELO.

CONSUELO. ¿Te encuentras ya bien?
ELVIRA. Muy bien.
CONSUELO. ¡Si te hiere!.. ¡Vírgen santa!
¡Sólo el pensarlo me espanta!
ELVIRA. Serénate: ¡tú tambien
te acongojas tanto ya!
CONSUELO. (Sentándose en el confidente.)

¡Es tan natural mi anhelo!

ELVIRA. (Fijándose en la carta que dejó caer Ernesto.)
¡Calla!... una carta en el suelo.
¿La has perdido tú, mamá? (La coge.)

CONSUELO. ¿Yo? no sé... pudiera ser...
Me parece que traia...
(Como buscando alguna en sus bolsillos.)
Pues no está. ¡Dame, hija mia!

ELVIRA. Está abierta. (Acercándose.)

CONSUELO. A ver, á ver.

ELVIRA. (Retirándola en el momento de ir á cogerla Consuelo.)
¡Ah!... ¡no! estaba en un error.
No es tuya.

CONSUELO. ¿Cómo?

ELVIRA. Ya sé...
Es una que yo dejé
anoche en el velador
para Federico.

CONSUELO. ¿Sí?

ELVIRA. Ahora la estaba buscando...
(Fijándose en la carta y comprimiendo un grito al leer para sí su contenido.)
(¿Eh!... ¡Jesus!... ¿No estoy soñando!...
¡Es de mi padre!... ¡Ay de mí!...
¡Él!...)
(Apoyándose en la butaca para no caer.)

CONSUELO. (Levantándose.) ¿Qué?... ¿qué te ha sucedido?
¿Qué tienes?...

ELVIRA. (Esforzándose por dominarse.)
¡Nada... no es nada!

CONSUELO. ¡Estás trémula... alterada!
¡Hija!...

ELVIRA. ¡Ya pasó!... Un vahido...
Con el susto... el malestar...

CONSUELO. ¿Ves lo que yo te decia!

ELVIRA. (¡Ay!!)

CONSUELO. Ven conmigo, hija mia.
En mi cuarto tengo azahar.

ELVIRA. Luégo iré: vé tú primero.

CONSUELO. No, no te detengas, ven.

ELVIRA. Si ya estoy tranquila.

CONSUELO. Bien;
voy por él.
ELVIRA. Aquí te espero.
(Váse Consuelo por la izquierda.)

ESCENA X.

ELVIRA, despues ERNESTO y JULIAN por la derecha.

ELVIRA. (Fijándose en la carta al verse sola.)
¡Dios mio! ¿Me habré engañado?
¡No... no!... La angustia me abrasa!
(Aparece Ernesto en la puerta: al verle Elvira dice "Padre," dirigiéndose á él en ademan suplicante. Al ver que Julian aparece en la puerta, se detiene.)
¡Padre!... ¡Padre!...
ERNESTO. ¿Eh?... ¿qué te pasa?
ELVIRA. (¡Ah!... ¡Julian!)
JULIAN. (A Ernesto.) (¿La has encontrado?
(Ernesto y Julian buscan la carta.)
¡De fijo aquí se cayó!)
ERNESTO. (¡En vano la busco!)
(Dirigiéndose á Elvira, que se esfuerza por aparecer serena.)
Dí...
¿has visto tú por aquí
alguna carta?
ELVIRA. (Turbada.) ¿Quién? ¿Yo?
(¡La busca!)
ERNESTO. (Nada: no está.)
ELVIRA. (¡Mi corazon se estremece!)
ERNESTO. (Lo que es aquí no parece.
¿Dónde diablos estará?)
(Fijándose otra vez en Elvira.)
¿Pero tú no has visto... dí?
ELVIRA. ¿Qué?
ERNESTO. Una carta.
ELVIRA. Si habrá sido...
Sí, papá.
ERNESTO. (Sobresaltado.) ¿Eh!... ¿Y la has leido?...
ELVIRA. ¿Que si la he leido?...
ERNESTO. (Impaciente.) Sí.

Habla.

JULIAN. (¡Buena se va á armar!)

ELVIRA. ¡Qué, papá!... ¿tan importante era?...

ERNESTO. ¡Bastante!

ELVIRA. ¿Bastante!

ERNESTO. ¿Pero no sabes hablar!

ELVIRA. ¡Con el susto que he llevado
estoy nerviosa... y no puedo!...

ERNESTO. ¿Vamos!... dí?

ELVIRA. ¡Si me da miedo
decirte lo que ha pasado!

ERNESTO. (Con viva impaciencia)
¿Qué has hecho?... ¡Dí lo que sea!

ELVIRA. (Como asaltada por una idea.)
La he quemado.

ERNESTO. ¿Eh!

ELVIRA. Yo creia...
que esa carta... era una mia,
y la eché á la chimenea.

ERNESTO. ¿Qué?

ELVIRA. Todo ha sido un error.
Anoche... tarde, escribí...
y dejé olvidada aquí
mi carta en el velador.
Era á Federico. ¡Ayer
se puso lo más pesado!...
mas hoy... ya pasó el enfado;
la carta quise romper,
y al venir á hacerlo así,
sin duda, en vez de la suya,
la que rompí fué la tuya,
porque la mia está aquí.
(Sacando la carta del bolsillo.)

ERNESTO. ¿Mas tú... no leiste?...

ELVIRA. (Esforzándose por disimular.) No.

ERNESTO. (¡Respiro!...)

ELVIRA. (¡Vírgen sagrada!)

ERNESTO. (Dominando ya la situacion.)
Tranquilízate: no es nada;
no te apures.

ELVIRA. Es que yo...
segun creo... sin querer,

un grave mal te he causado.

ERNESTO. No.

JULIAN. (A Ernesto.) (¡De buena has escapado!
¡Si la encuentra tu mujer!)

ELVIRA. Aunque me animas así,
tranquila... no, no lo estoy.

ERNESTO. ¿Por qué?

ELVIRA. ¡Porque el susto de hoy
ha sido atroz para mí!

ERNESTO. Es verdad: hasta el color
á tu semblante ha mudado.

ELVIRA. ¡Aunque me hubieras matado,
no hubiera sido mayor!

ERNESTO. Muy pronto lo olvidarás.
Al temor no te abandones.

ELVIRA. ¡Ay!... ¡no, padre!... ¡hay impresiones
que no se olvidan jamás!

ERNESTO. ¿Que no?... Ya te irá pasando.

JULIAN. Que es tarde!..

ERNESTO. ¡Ah! sí, voy corriendo.
Vaya, adios.
(Vánse por la derecha.)

ELVIRA. ¡Se va riendo
miéntras me quedo llorando!

ESCENA XI.

ELVIRA.

¿Será tal vez falsedad
ó engendro de mi locura?
¡Ay... no!.. ¡que es la realidad!
¿Cómo no ha de ser verdad
siendo tan gran desventura!
¡Por fuerza lo he de creer!
(Con estrañeza, fijándose en la carta.)
¿Tiene otra casa mi padre?...
¡Y hoy se marcha!... ¡Ya qué hacer!
¡Irse con otra mujer!...
¿Pero y mi madre?... ¿Y mi madre!
(Rompiendo á llorar.)
¿Osará dejarla así?
¡Ella tan buena... tan bella!...

(Con amargura)
¿Y yo me quejaba aquí!...
(Con energía y sentimiento.)
¡Cuando no la quiere á ella...
¿cómo ha de quererme á mí!
(Breve pausa.)
¿Y siendo este amor tal fiel,
será posible que intente
darme un pago tan cruel?
¡Ah... no... miente este papel!
¡Aunque él lo haya escrito... miente!

ESCENA XII.

ELVIRA.—FEDERICO por el foro.

ELVIRA. (Al verle entrar oculta la carta, pero no tan pronto que Federico no se aperciba de ello.)
¡Ah!
FEDERICO. ¿Qué ocultas?
ELVIRA. (Disimulando.) ¿Quién... yo?... nada.
FEDERICO. ¿Nada?
ELVIRA. (¡En qué momento llega!)
Yo... ¿qué he de ocultar?
FEDERICO. ¡Lo niega...
y se pone colorada!
Dame. ¡He de saberlo todo!
ELVIRA. ¡Nada oculto: es terquedad!
FEDERICO. Si me dices la verdad
¿por qué tiemblas de ese modo?
ELVIRA. ¡Digo que no tengo nada!
FEDERICO. ¡Mírame!
ELVIRA. (Bajando los ojos.) ¿Pero á qué viene...
FEDERICO. ¡No mira así la que tiene
su conciencia sosegada!
ELVIRA. ¡Calla!... ¡me causan sonrojos
tus ofensas! ¿Quién podrá...
FEDERICO. ¿Qué vas á decir... si ya
todo lo sé por tus ojos!
¡Si aunque me robas la calma,
aún, para ver mi destino,
me abren tus ojos camino,
hasta llegar á tu alma!

¡De ella siempre fuí en pos!
¿Y cómo no llegaria
si la fundí con la mia
para entregarte las dos!
(Breve pausa.)

ELVIRA. ¡Siempre ofendiéndome estás
y siempre sufriendo estoy!

FEDERICO. ¡Dame esa carta ó me voy
para no volver jamás!

ELVIRA. ¿Dudas?...

FEDERICO. ¡Te parece raro!...

ELVIRA. Eso prueba...

FEDERICO. Que te adoro.
¡Cuando es muy grande el tesoro
tiene disculpa el avaro!

ELVIRA. ¿Pero á qué viene ese afan?
¿Por qué tan locos recelos?
¿De quién puedes tener celos?
¿Dime?... ¿de quién?

FEDERICO. De Julian.

ELVIRA. (Con marcada expresion de disgusto.)
¿De él?...

FEDERICO. ¡Su trato seductor!
tan triste efecto produce!
¡Si á las mujeres seduce
el falso brillo exterior!
Cuando su capricho impera
ante nada se intimidan,
y por un infame... olvidan
una pasion verdadera!
¿No piensas que vas á herir
así tu mejor tesoro!
¡Tu decoro!...

ELVIRA. (Interrumpiéndole con natural dignidad.)
¡Mi decoro!...
¿Qué es lo que vas á decir?
¿Qué causa le pude dar
á quien tan duro me trata!

FEDERICO. ¡Y que aún lo dude la ingrata!

ELVIRA. (Con mucho sentimiento.)
¡Al fin me has hecho llorar!
De amor en cambio me ofrece
solo ofensas, y este lloro

sale á decir que le adoro...
cuando ménos lo merece!

FEDERICO. ¡Suya es la culpa... y se enfada!

ELVIRA. ¿Qué es mia?

FEDERICO. ¡Tú lo has querido!
Si me hubieras complacido
no te hubiera dicho nada.
Aún lo puedes enmendar,
y en tu prudencia confio.
Dame esa carta.

ELVIRA. (¡Dios mio!...
¡Y no podérsela dar!)

FEDERICO. Algo en ella te condena
cuando así lo has ocultado.

ELVIRA. (Padre... ¿si es tuyo el pecado
porqué sufro yo la pena?)

FEDERICO. Dámela: cese el sufrir.

ELVIRA. ¡No puedo!...

FEDERICO. ¿Y dice despues!..,

ELVIRA. ¡No es mia!

FEDERICO. ¿Pues de quién es!

ELVIRA. Es... (¡oh! ¡no!... ¿qué iba á decir!)

FEDERICO. El silencio en que has caido
clara tu traicion explica.

ELVIRA. ¡Tambien tu duda me indica
que en la vida me has querido!

ESCENA XIII.

DICHOS.—CONSUELO por la izquierda.

CONSUELO. ¡Pero qué voces! ¡No infiero
qué causa!...

FEDERICO. (Disimulando.) ¡Ninguna!

ELVIRA. ¡Sí!

CONSUELO. ¿Pero qué sucede aquí!
Habla. (A Elvira.)

ELVIRA. ¡Que ya no le quiero!
(Dirigiendo una mirada expresiva á Federico y saliendo precipitadamente por la puerta del foro.)

CONSUELO. ¿Por qué se marcha enfadada
y tiene la faz llorosa?
¿Ha ocurrido alguna cosa?

FEDERICO. No tal: ¡niñerías! ¡nada!

ESCENA XIV.

DICHOS.—ERNESTO y JULIAN por la derecha.

JULIAN. (Bajo á Ernesto desde la puerta.)
(Está muy bien; ya sabrán
los criados...

ERNESTO. ¿Tú irás?

JULIAN. Sí.)

ERNESTO. (Dirigiéndose á Federico.)
¡Hola! ¡Federico aquí!
(Se estrechan la mano.)

FEDERICO. Felices...
(Julian le da tambien la mano.)
Adios, Julian.

JULIAN. ¡Recibe mi enhorabuena!

ERNESTO. ¡Eso era ya de rigor!

FEDERICO. ¡Gracias por tanto favor!

CONSUELO. ¡Justicia!

FEDERICO. Es usted muy buena
conmigo.

ERNESTO. (Mirando á Consuelo.) (Está con recelo!...)

JULIAN. (A Ernesto.) (Ya sabes; no andes remiso.)

FEDERICO. Yo tambien, con su permiso,
me retiro.

JULIAN. Adios, Consuelo.
Saldremos juntos. (A Federico.)

FEDERICO. Señora...
(¡Yo espiaré!..) (Con recelo.)

ERNESTO. (Á Julian.) Hasta la noche:
iré á buscarte en mi coche.
(Que no faltes á la hora.)
(Vánse Julian y Federico por el foro.)

ESCENA XV.

CONSUELO.—ERNESTO.

ERNESTO. (Dirigiéndose á su gabinete.)
Yo tambien voy...

CONSUELO. No: primero
óyeme con atencion.

ERNESTO. ¿Qué quiéres? (¡Otro sermon!)
CONSUELO. ¡Y me preguntas qué quiero!
ERNESTO. ¡Puedo adivinarlo!
CONSUELO. Sí:
mas no finjas esa calma.
¿No hay ni una voz en tu alma
que te lo advierta por mí?
ERNESTO. ¡Es afan de atormentarme!...
CONSUELO. ¡Que me ofendas cuanto puedas,
y luego no me concedas
ni el derecho de quejarme!
ERNESTO. ¡Ni lo tienes, ni me agrada
tan loca tenacidad!
CONSUELO. Sí; ¡dices bien!... ¡Es verdad!
¡no tengo derecho á nada!
(Breve pausa.)
¡El hombre cuya mujer
lo engaña con torpe modo,
sí tiene derecho á todo:
cuanto quiera puede hacer!
¿Es quizá que al ser llevada
ante el altar, afanosa,
solo se obliga la esposa
á ser fiel y á ser honrada?
¿O los dos promesa tal
dejan ante el ara impresa?
¿Pues si es igual la promesa,
porqué no es la falta igual?
¿Porqué el mundo que al marido
consiente perjuro ser,
es luégo con la mujer
severo y empedernido?
¡Y si al fin, desesperada
de sufrir, la pobre esposa,
viéndose sola... celosa,
y sin amor y humillada,
de otra pasion que le atrae
cede al halago profundo!...
¡nota infame la da el mundo
que sobre sus hijos cae!
¡Y en tanto que enardecido
á ella da nombre afrentoso,
celebra y aplaude ansioso

las conquistas del marido!
¡Afrentando su dolor,
dice sus faltas al ver,
"adúltera" á la mujer,
al hombre... "conquistador!..."
¡A eso justicia le dice,
y sin mirar que la quiebra,
al que la empuja celebra,
y á la que cede... maldice!

ERNESTO. ¡Consuelo!...

CONSUELO. Dí, ¿qué apeteces?
¿Amor?... ¿Pues cual más sagrado
que el nuestro?

ERNESTO. ¡Ya es demasiado!
¡Basta de ridiculeces!
(Se dirige á su gabinete.)

CONSUELO. ¿Te vás?... ¿Me dejas así?
(Deteniéndole cariñosamente.)
¡No te irás!

ERNESTO. (Queriendo desasirse de ella.)
¡Déjame ahora!

ESCENA XVI.

CONSUELO.—ERNESTO.—ELVIRA por el foro.

ELVIRA. Papá... (Entrando corriendo.)

ERNESTO. (Separándose de Consuelo.)
¿Qué hay?

ELVIRA. Una señora...

CONSUELO. (¿Eh?...) (Conteniéndose.)

ELVIRA. Que pregunta por tí.
(Sensacion distinta en Consuelo y Ernesto.)
Al despacho la he llevado.

CONSUELO. (A Ernesto en voz baja y sentida.)
(Ernesto!...)

ERNESTO. (¡Calla, mujer!)

ELVIRA. Viene, segun dice, á ver
el cuarto desalquilado.

CONSUELO. (Reprimiendo su sentimiento.)
(¡Ella!...)

ERNESTO. ¿Le ha visto?

ELVIRA. No tal.
ERNESTO. ¿Quién es?... ¿No la preguntaste...
ELVIRA. Aquella que visitaste
ayer noche en el Real.
CONSUELO. (¡Ella!... ¡Dios mio!...)
ELVIRA. (Fijándose en la turbacion de Consuelo, pero sin comprender aún la situacion.)
(¿Qué tiene!)
ERNESTO. (Con viva inquietud.)
(¡Qué imprudencia!...)
CONSUELO. (¡Y ella está
en esta casa!)
ELVIRA. (A Consuelo con naturalidad.)
¡Mamá!...
si vieras qué hermosa viene!
CONSUELO. (Acercándose á Ernesto y en voz muy baja, pero con rápida y firme expresion.)
(¡Ernesto!...
ERNESTO. ¡Por Belcebú...
déjame!)
ELVIRA. (Contemplando á Consuelo.)
(¡Cómo le mira!...)
CONSUELO. (¡Piensa en mí!... ¡piensa en Elvira!
ERNESTO. Piensa en mi paciencia tú!
CONSUELO. ¡Y dejas que esa mujer,
sabiendo yo lo que pasa,
se atreva á entrar en mi casa?
ERNESTO. Ya sabes que viene á ver
el piso. Calma, y advierte...
CONSUELO. (Deteniéndole.)
¡No saldrás!...
ERNESTO. La causa es cierta.
CONSUELO. En el umbral de esa puerta
está mi vida ó mi muerte!
¡En ella está suspendida
mi alma!...
ERNESTO. ¡Necias querellas!
CONSUELO. ¡Ay, si al pisarla atropellas
mi dignidad ofendida!

(Durante estos rapidísimos apartes, Elvira habrá ido á observar á la puerta del foro. Consuelo hace esfuerzos supremos de angustia por convencer á Ernesto.)

Venza el bien y de ese modo
sálvanos!)

ELVIRA. (Volviéndose y fijándose en los dos.)
(¿Qué habrá ocurrido!)

ERNESTO. (Bruscamente y decidido á terminar esta situacion.)
(¡Basta ya!... soy tu marido
y puedo mandarte en todo!

CONSUELO. ¡Sí! ¡sí! me puedes mandar;
pero antes!...

ERNESTO. ¡No más batalles!..

CONSUELO. ¡Ernesto!.. (Deteniéndola.)

ERNESTO. (Rechazándola.) ¡Mando que calles...
y que me dejes pasar!)
(Váse bruscamente por la derecha.)

CONSUELO ¡Ah!.. (Comprimiendo un grito.)

ELVIRA. (Comprendiendo la situacion.)
¡Madre!!... Esa mujer...

CONSUELO. (Esforzándose por dominarse.)
¡Qué!..

ELVIRA. ¿Por qué lloras?

CONSUELO. ¡Yo!.. ¡por nada!...
(¡Si supiera!.. ¡Desgraciada!)

ELVIRA. (¿Qué iba á decir!... Callaré!)
(Reprimiendo lo mismo que Consuelo su agudo pesar.)
(¡Padre mio!..)

CONSUELO. (¡Y es su padre!..)

ELVIRA. (¡Si en este dolor se fija!)

CONSUELO. (Con reconcentrado sentimiento.)
(¡Que no lo sepa mi hija!..)

ELVIRA. (¡Que no lo sepa mi madre!)

(Todos estos apartes de Elvira y Consuelo, despues de la salida de Ernesto, deben ser rápidos, pero muy expresivos. Ambas tratan de ocultarse mútuamente su dolor, y no hallando palabras que decirse, se arrojan una y otra en sus brazos, esforzándose por comprimir su llanto, que al fin brota de sus ojos con amargo sentimiento. Estúdiese bien esta situacion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegantemente amueblado en casa de Julian.

ESCENA PRIMERA.

DON LORENZO y ANTONIO entrando por la puerta del foro. Este con marcado acento andaluz.

ANTONIO. Pase adelante vuecencia.
Yo no sé si tardará
mucho el señor en volver;
pero puede descansar,
si vuecencia gusta.

D. LORENZO. (Sentándose.) Gracias.
¿Me conoce usted?

ANTONIO. ¡Pues ya!
¡Si yo he servido á sus órdenes
dos años, mi general!
Y vaya en qué regimiento!
cazadores de Guald-rás,
primera escuadra, segunda
compañía.—Estaba mal
con el sargento Camuñas,
que tenía *atravesá*
un poco la vista, y... ¡pues!
como era muy natural,
no me miraba muy bien,
porque se enredó ademas
con una paisana... —ellas siempre
fueron... *mi frigilidad*, —
y en fin, que me armó unos líos,

que con mis huesos fuí á dar
al *Fijo de Ceuta.*

D. LORENZO. ¡Mala
recomendacion!

ANTONIO. ¡Cabal!
¡Si era el sargento más malo
que ha habido... en lo *militar!*
Yo no le guardo rencor,
porque al fin y al cabo, ya
se murió hace cuatro inviernos,
y lo enterraron, ¡y en paz!
Porque yo nací en el barrio
de Triana, y los de allá,
pasado el primer momento,
¡somos como el mazapan!

D. LORENZO. ¿Conque tú eres andaluz?
¡No lo podrias negar!

ANTONIO. ¿Negarlo? ¡quiá! ¡no señor!

D. LORENZO. ¿Y sirves á don Julian
hace mucho tiempo?

ANTONIO. Hace
cuatro primaveras ya;
y la verdad es que aquí
no lo pasamos muy mal.
(Con mucha intencion.)
¡Como es soltero!...

D. LORENZO. Ya estoy.

ANTONIO. ¡Hay bastante libertad
para todo!...

D. LORENZO. ¿Y hoy no vuelve
á comer á casa?

ANTONIO. ¡Quiá!
¡Si aquí no se come nunca!

D. LORENZO. ¿Eh?...

ANTONIO. Quiero decir, cuando hay
alguna fiesta...

D. LORENZO. Comprendo.

ANTONIO. Como es tan alegre y tan!...
Aquí no se pasa un dia
sin... alguna broma.

D. LORENZO. ¡Ya!
—¿Y mi yerno viene mucho
por aquí?

ANTONIO. (Con recelo.) ¡Yo... la verdad,
viene... pero pocas veces!
(Queriendo disculparle.)
(¡Si me irás tú á sonsacar!)
D. LORENZO. ¡Pero viene!
ANTONIO. Así... de paso.
¡Don Ernesto es muy formal!
¡Es un hombre de conciencia
muy recta, y por lo demas,
es generoso, y espléndido,
y todo un hombre cabal!
D. LORENZO. Pues señor, bien: esta casa,
ya veo...
ANTONIO. Es muy regular;
y está... con lujo: y aquí...
(Señalando la segunda puerta de la izquierda.)
por esta puerta... se va
al jardin, que comunica
con la entrada del portal;
y aunque es pequeño, no falta
su gruta, ni su *enramá*...
ni su cenador cubierto...
¡y en fin, muchas cosas más!
D. LORENZO. (Levantándose.)
Bien: ya he descansado, y voy...
ANTONIO. ¿Se marcha vuecencia ya?
D. LORENZO. Volveré... (que este cotarro
tiene mucho que arreglar.)
ANTONIO. ¿Si vuecencia quiere que algo
diga al señor don Julian?
D. LORENZO. Nada: ya he dicho que luégo
volveré.
(Dirigiéndose al foro.)
ANTONIO. Mi general,
estoy á la órden.
D. LORENZO. Procura,
de paisano ó militar,
no hacer por volver á Ceuta,
que es país mal sano.
ANTONIO. ¡Quiá!
¡Si ya se murió el sargento
Camuñas!
D. LORENZO. No digo más.

ANTONIO. ¡Yo agradezco!... ¡Servidor
de vuecencia!

D. LORENZO. Adios.

(Váse D. Lorenzo por el foro.)

ESCENA II.

ANTONIO.

¿Qué plan
traerá este viejo aquí ahora?
¿Se habrá venido á informar
de si el señorito Ernesto
tiene algun belen, ó... ¡Bah!
¡Los hombres en esas cosas
no nos metemos jamás!
Cada cual va á su negocio...
(Breve pausa.)
¡Bueno fuera que á su edad
quisiera echar su canita
tambien al aire á volar!
¡Estos viejos... tan *fibrosos*
son más verdes que el agraz!
Por eso quiere sin duda
intimar con don Julian,
que es un punto de los buenos
para eso de trastear;
y como vive aquí sólo,
y... ¡pues eso es!..· ¡claro está!
—El dia ménos pensado
vemos á mi general
presidiendo alguna cena
de esas en que anda el *champagne*
por el aire, y las cabezas
se ponen como un volcan,
y se resbalan los piés,
y... ¡no lo quiero pensar,
porque me pongo nervioso!
(Breve pausa.)
¡Cómo está la sociedad!
Pero como yo no soy

quien la tiene que arreglar,
dejemos rodar la bola
para el que venga detras!

ESCENA III.

ANTONIO.—JULIAN, por el foro.

JULIAN. (Entrando.) ¿Ha venido alguien?
ANTONIO. Acaba
de salir el general:
el suegro del señorito
don Ernesto, que es lo más
escamon!...
JULIAN. ¡Bien, bien: á mí
qué me importa.—¿Ha vuelto Juan?
ANTONIO. No señor; fué con el coche
á casa de...
JULIAN. Bien está.
(Breve pausa.)
¿Conque estás bien enterado
de lo que hoy te he dicho?
ANTONIO. ¡Bah!
¡Si á mí con media palabra
me basta!... ¡no lo he de estar!
(Julian se sienta y se pone á leer un periódico.)
JULIAN. Sé prudente.
ANTONIO. ¡La prudencia
es mi virtud principal!
En cuatro años que le sirvo
no he cometido jamás
ninguna torpeza.
JULIAN. Es cierto.
ANTONIO. ¡Y tengo pasados ya
más sustos!...—Recuerdo un dia
que tuve que ir á llevar
una carta á una... señora,
en la calle de Alcalá...
JULIAN. (Sonriéndose, sin dejar el periódico.)
¡Ah! sí: Amparo.
ANTONIO. Justamente.
¡Una moza muy *plantá*

más bonita que un lucero
y más dulce que un panal!
¡Con un lunar en la barba!...
¡válgame Dios que lunar!
y un garbo!... ¡y una cintura!...
¡vamos... ¡que no cabe más!
Una moza más bien hecha
ni la ha habido ni la habrá!
—Me estaba dando ella misma
su contestacion... verbal,
cuando salió su marido
que nos *atisbó* detrás
de una puerta, y... ¡no se armó
pequeño berengenal!
¡Se enteró del zafarrancho
toitica la vecindad!
¡Yo al principio me propuse
convencerlo... pero quiá,
aquel marido era un oso
con instintos de caiman!
—¡La señora viene al suelo
con un *soponcio* que ya!
al mirarlo... á la doncella
lé dá un *patatús* bestial:
yo grito; mi hombre se enfada,
y echándose un poco atras
saca un estoque más largo
que una caña de pescar!
¡Echo á correr por la casa
como un galgo, y él detrás!...
¡Vaya un rato divertido,
no me quiero ni acordar!
Ya me estaba yo mirando
partido por la mitad!
Derribo al paso los muebles;
el perro empieza á ladrar;
se presentan los vecinos
y acude la autoridad:
llega el alcalde del barrio
y hasta el juez municipal,
mientras yo... corre que corre
con aquel hombre detras!
Ya estaba para ensartarme,

cuando por casualidad
tropiezo con la escalera,
la miro, me escurro, y *¡paf!*
en ménos que canta un gallo
ya estaba yo en el portal.
¡Más salí tan derrengado,
despues de tanto bregar,
como si hubiera salido
de una batalla campal!

JULIAN. (Que, sonriéndose, habrá escuchado la parte principal de la relacion.)
¡Gajes del oficio!

ANTONIO. Sí.

JULIAN. Quien algo quiere...

ANTONIO. Es verdad:
pero yo nada queria
y me zurraron... que ya!

JULIAN. Eso es desgracia.

ANTONIO. Bastante.

JULIAN. Tú eres criado leal
y compartes mis fatigas.

ANTONIO. Eso es cierto, á no dudar,
pero en nuestras particiones
suele haber poca equidad.
¡Usté el premio... y yo los palos:
siempre tocamos igual!
Esto me recuerda el cuento
del mochuelo...

JULIAN. (Levantándose.) Basta ya;
que me estás entreteniendo.
¡Eres lo más charlatan!...

ANTONIO. Ya sabe usted que en mi tierra
es el uso general.
¡Un andaluz que hable poco
y que diga la verdad
es una cosa tan rara
que no se ha visto jamás:
si se halla alguno, de fijo
va á la Historia natural
y se lleva el primer premio
por su originalidad!

JULIAN. ¡Eh! basta. ¿Conque ya sabes?...

ANTONIO. Sí señor.

JULIAN. Luégo vendrá
una señora...

ANTONIO. Está bien.

JULIAN. Ella te preguntará
por don Ernesto...

ANTONIO. Recuerdo
perfectamente.

JULIAN. Y harás
que pase á ese gabinete;
(Señalando la primera puerta de la izquierda.)
ó bien al otro que está
al lado de mi despacho.
(Señalando á la derecha.)
No lo vayas á olvidar.
¡Sin decirla una palabra!
¿Hás entendido?

ANTONIO. Sí tal.

JULIAN. Y en viniendo el señorito
Ernesto, le haces pasar
á mi despacho.

ANTONIO. Corriente.
¡Pero calle!... aquí está ya.

ESCENA IV.

DICHOS.—ERNESTO por el foro.

ERNESTO. (A Antonio al entrar.)
¡Hola, moderno Tenorio!

ANTONIO. Señorito...

ERNESTO. Adios, Julian.
(En tono de reserva.)

JULIAN. ¿Estás decidido?...

ERNESTO. A todo.
(Con impaciencia.)
Ya poco puede tardar
en acudir á la cita:
son las seis y media ya,
y á las siete...
(Mirando su reloj.)

JULIAN. ¿Pero ella
está dispuesta á marchar

á París?

ERNESTO. Sí: lo desea
más que yo. Tengo mi plan
completamente resuelto.

JULIAN. ¿La has visto despues?

ERNESTO. Fatal
pudo ser nuestra entrevista.
Con pretesto de alquilar
el cuarto fué esta mañana
á casa.—No falta más
que te enteres de las cuentas
y letras que he de dejar
en tu poder, miéntras yo
estoy ausente. Tendrás
la incomodidad de hacer
los pagos que desde allá
te indicaré.

JULIAN. Bien.

ERNESTO. (En tono de broma.)
¡Te nombro
mi administrador!

JULIAN. Pasar
podemos á mi despacho
si quieres.

ERNESTO. Vamos allá.

(Vánse por la derecha.)

ESCENA V.

ANTONIO, despues ELVIRA cubierta con un velo, por la segunda puerta de la izquierda.

ANTONIO. (Con mucho recelo.)
De seguro este belen
tiene cola, ó yo soy más
estúpido... que un besugo
en noche de Navidad!
—¡Un viaje á París!.. ¡pues digo
si la cosa va formal!
(Escuchando con atencion.)
¿Eh?... me pareció sentir
pisadas: y es por acá;
por la puerta del jardin.

¡Pues señor, no empieza mal!

ELVIRA. (Entrando con mucho temor.)
(¡Estoy temblando!)

ANTONIO. (¡Hola! ¡Viene
encubierta! ¡Bueno va!)
¡Ejem!
(Tosiendo para llamar la atencion de Elvira.)

ELVIRA. ¿El señor don Ernesto?..

ANTONIO. Ahora acaba de llegar.
Si usted quiere que le avise...
(¡Parece guapa!)

ELVIRA. (Con aturdimiento.) No tal:
es decir... (¡No sé qué digo!)

ANTONIO. Como lo manda se hará.

ELVIRA. (¡Es la casa de mi padre
y tiemblo en ella al entrar!)

ANTONIO. Yo cumplo al pié de la letra
los encargos que me dan.
¡Soy... muy prudente!

ELVIRA. (Con estrañeza, sin comprender la intencion de Antonio.)
¿Prudente?..

ANTONIO. Esa es mi costumbre usual:
no darme por entendido
de ciertas cosas jamás.

ELVIRA. ¿De ciertas cosas? (Con inocencia.)

ANTONIO. ¡Es claro!
Estoy muy práctico ya...
(¡Lo dicho: parece guapa!)

ELVIRA. Se puede usted retirar...

ANTONIO. (Si se levantára el velo...)

ELVIRA. (¡Siento una angustia mortal!)

ANTONIO. (¡Una mujer encubierta
da tanta curiosidad!
¡Y debe ser muy bonita!
¡Pues vaya si lo será!
¡De seguro!.. donde hay nubes
es porque hay un sol detras!)
(Váse por el foro.)

ESCENA VI.

ELVIRA.

¡Ya se fué!... ¡Sola me quedo!
¿Me habrá alguno conocido?
(Levantándose el velo.)
¡Oh!.. ¡Ya siento haber venido!
¡Esta casa me da miedo!
¡Eh! ¡Valor!.. Su triunfo expone
el que temblando comienza:
¡que mi padre se convenza
y que no nos abandone!
(Con sentida expresion.)
¡Si nos deja y nos olvida
no he de amarle, á mi pesar,
y yo necesito amar
al que me ha dado la vida!
¡Si un padre de su hijo en pos
sombra es de Dios que le ayuda,
hijo que de un padre duda
es porque duda de Dios!
(Breve pausa.)
Mi madre nada sabrá:
sólo por eso he venido.
¡Descuida, que arrepentido
á tu lado volverá
mi padre!... ¡Sí, sí; descuida!
Mas alguien se acerca: ¡sí!
¿En dónde me escondo?... aquí;
aquí espero su salida.
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

ERNESTO y JULIAN por la derecha.

ERNESTO. Pues señor, no hay más que hablar;
todo está listo y corriente:
ahora ya tranquilamente

aquí la puedo esperar.

JULIAN. ¿Tranquilo?... Mal se adivina...
¡Eres vivo con exceso!

ERNESTO. Es verdad; te lo confieso:
esa mujer me fascina,
¡me enloquece!

JULIAN. ¡Te atropella
demasiado esa pasion!

ERNESTO. ¡Si vieras con qué ilusion
me voy á París con ella!

JULIAN. (Sonriendo y con marcada intencion.)
Pues yo creí que ademas
el Marqués de Monte-frio...

ERNESTO. (Con plena confianza.)
¡Intenta ser rival mio,
pero!...

JULIAN. ¿Tan seguro estás
de tu Amelia?

ERNESTO. Sí: ¡me voy,
no por temor!...
(Sonriendo con satisfaccion.)
¡Tú creias!...

JULIAN. ¡Mucho en las mujeres fias!

ERNESTO. ¡De esta tan seguro estoy!...

JULIAN. ¡Hombre!... francamente, siento
que te vayas tan rendido
sin haber yo conocido
á esa Amelia, á ese portento!

ERNESTO. ¿Quiéres conocerla?

JULIAN. Sí;
pero ya vano es que intente...
Si te vas...

ERNESTO. Precisamente
tengo su retrato aquí.
(Sacándole de la cartera y presentándosele á Julian, que se sorprende al verle.)

JULIAN. ¿Eh? ¿Cómo? (Fijándose en él.)

ERNESTO. ¿Qué te ha pasado?

JULIAN. Nada.

ERNESTO. ¿Te sorprende?...

JULIAN. (Disimulando su turbacioa.) No.

ERNESTO. ¿Que tal? ¿No te dije yo
que te iba á dejar pasmado?

JULIAN. Cierto.
ERNESTO. ¡Es un tipo... ideal!
JULIAN. Sí.
ERNESTO. (En broma.) ¡Pues esta se te escapa!
JULIAN. (Contemplando el retrato.)
Efectivamente es guapa.
¿Y ella es francesa?
ERNESTO. Sí tal:
JULIAN. Sabria de buena gana
su historia.
ERNESTO. No es un secreto.
—Vagaba yo sin objeto
por París una mañana,
cuando de pronto, cortando
mi paso en aquella hora,
una niña encantadora
á mí se acercó llorando.
Vencido por su afliccion
bajé los ojos, la ví,
y yo no sé si sentí
lástima ó admiracion.
Hondo sello la amargura
á su semblante imprimía,
y en harapos envolvia
su incomparable hermosura.
¡Mas aunque tales despojos
dejó en ella su desmayo,
á mí me hirió como un rayo
la viva luz de sus ojos!
Fijo un momento quedé,
admirado y sorprendido,
hasta que al fin, conmovido,
—¿qué quieres?—la pregunté.
Y mirándonos los dos,
con acento lastimero,
me respondió:—"¡Caballero,
"una limosna por Dios!
"Miserable y desvalida
"mi madre muere olvidada:
"esa limosna sagrada
"quizá prolongue su vida.
"Ninguno me ha socorrido
"en tan terrible dolor;

"¡por vuestra madre, señor,
"para la mia os lo pido!"
—Y al pensar en esa escena
que me estaba relatando,
cayó en mis brazos llorando,
embargada por la pena.
Y aún más aumentó mi horror
cuando, al verla desmayada
la toqué... ¡y estaba helada
por el frio y el dolor!
—¡Basta ya!—dije seguro
de poderla consolar,
yo te prometo salvar
á tu madre, te lo juro.
¿Dónde está tu casa? ¡Guía,
y á tu madre al punto muestra!
"¡Que Dios os pague en la vuestra
"el bien que haceis por la mia!"
—Dijo así, y echando á andar,
tanto el paso apresuraba,
que ya casi me arrastraba,
impaciente por llegar.
Contemplando su hermosura
yo no sé ni dónde fuí;
sé que de pronto me ví
en una bohardilla oscura;
sé que aquello me dió horror,
y sé, pues no se me olvida,
que yo no he visto en mi vida
cuadro más desgarrador!
La pobre madre, ya inerte,
se hallaba casi espirante
en esa lucha jigante
de la vida con la muerte.
¡Oh!... sentíme estremecer
cuando la escuché decir:
"Pensé que me iba á morir,
"hija, sin volverte á ver!"
Y abrazándose las dos
volvió á decir á su oido:
"¡Qué espantoso hubiera sido
"no darte el último adios!"
Entónces me adelanté,

y al saber mi afan sincero,
hizo un esfuerzo postrero
que angustiado contemplé.
Me asió con su mano fria;
miróme fija un momento,
y así me habló con acento
que empañaba la agonía:
"Ya que mi pena profunda
"os ha infundido dolor,
"va á pediros un favor
"esta pobre moribunda.
"A nadie el mundo me liga,
"sola derramo mi llanto:
"á usted acudo por tanto,
"cumpla, señor, lo que diga.
"Seducida por un hombre,
"mi padre á poco murió
"de pesar, al ver que yo
"eché tal mancha en su nombre.
"Sola, en trance tan fatal
"partí á España sin reparo,
"para buscar el amparo
"del causante de mi mal.
"Al fin en Cádiz le hallé."

JULIAN. ¿Qué dices? ¿en Cádiz!...

ERNESTO. Sí.
"Volvió á prometerme allí
"ser mi esposo..."

JULIAN. ¡Y no lo fué!

ERNESTO. Segun me dijo, faltó
despues de darle esperanza,
y aunque ya sin confianza,
ella otra vez le escribió
diciéndole lo profundo
de su angustiosa agonía;
que era pobre y no tenía
otra persona en el mundo.

JULIAN. (Ya con viva impaciencia.)
¡Y sola con su quèbranto
volvió á París!

ERNESTO. Sí.

JULIAN. ¡Y allí...
nació Amelia!

ERNESTO. Pero á tí...
¿quién te ha enterado de tanto?

JULIAN. Lo presumo. Dí, y ¿cuál fué
el encargo que te dió
la madre cuando murió?

ERNESTO. ¿Cuál?... buscar al padre.

JULIAN. ¿Qué?
¿Y le hallaste?

ERNESTO. No: su nombre
de fijo ha de ser fingido.
En tres años no he podido
saber quién era ese hombre.

JULIAN. Fingido ó cierto... habla, dí!

ERNESTO. Luis de Mendoza.

JULIAN. ¿Eh? (Aterrado.)

ERNESTO. (Notando su turbacion.) (¿Qué es esto?)
¿Ese nombre no es supuesto?
¿Tú sabes acaso?...

JULIAN. ¡Sí!
(Dominado ya por su sentimiento.)
¡Y tu proteccion impía
fué su deshonra! ¡No es eso!

ERNESTO. Si hubo culpa... lo confieso,
tanto es suya como mia!

JULIAN. ¡Suya tambien!

ERNESTO. No lo dudes:
cuando su madre murió...

JULIAN. (¡Oh!...) (Con horror.)

ERNESTO. Su belleza heredó,
mas no heredó sus virtudes.

JULIAN. (Con digna expresion.)
¡No más la infames!

ERNESTO. ¡Yo!...

JULIAN. ¡Sí!
(Asaltado bruscamente por su pensamiento.)
¡Y esa niña... esa mujer
es la que vas á traer
á mi propia casa!... aquí!
¡No puede ser! ¡no lo esperes!
¡A mi casa! (Horrorizado.)

ERNESTO. (Sospechando ya que sea su hija.)
¡Habla!... te ruego...

JULIAN. ¡Antes la pegaba fuego

que consentir lo que quieres!
Si esta casa torpe ejemplo
del vicio ha llegado á ser,
solo para esa mujer
es sagrada como un templo!

ERNESTO. ¿Qué?... Amelia...
JULIAN. (Imponiéndole silencio.) ¡No!
ERNESTO. ¡Ese arrebato!
¿Es tú!...
JULIAN. ¡Calla! ¡no te asombre!
¡si pronuncias ese nombre
te mato!
ERNESTO. ¡Julian!
JULIAN. ¡Te mato!

(Aparece Elvira en la primera puerta de la izquierda.)

ERNESTO. (Sin ver á Elvira.)
Amelia...
JULIAN. ¡Calla!
ERNESTO. ¡No!
JULIAN. ¡Sí!
¡En tu prudencia confío,
ó teme!...
ERNESTO. ¡Julian!
ELVIRA. ¡Dios mio!
JULIAN. (Viéndola.) ¡Ella!
ERNESTO. (¡Amelia!)
JULIAN. (¡Amelia aquí!)

ESCENA VIII.

DICHOS.—ELVIRA.

ELVIRA. (¡Yo tiemblo!)
ERNESTO. (Luchando con Julian que no le deja acercarse á Elvira.)
(¡Aparta!...
JULIAN. ¡La huella
borraré de tu osadía!
ERNESTO. ¡Julian!
JULIAN. ¡En presencia mia
no te has de acercar á ella!)

ERNESTO. ¡Amelia!...
JULIAN. (¡Si has de callar!)
ELVIRA. (¿Por quién me toma, Dios mio!)
JULIAN. (¡Véte!... ¡Sería hasta impío
que yo te dejára hablar!)
ELVIRA. (Descubriéndose á Julian.)
(¡Tened compasion de mí!)
JULIAN. (Viéndola con asombro.)
¡No es ella!
(Mostrándosela á Ernesto.)
¡Tu vista fija!
ERNESTO. (Con horror, reconociéndola.)
¡Mi hija!... ¡Dios santo!... ¡Mi hija!...
JULIAN. ¡Ella me venga de tí!

ESCENA IX.

DICHOS.—ANTONIO por el foro.

ANTONIO. (Desde la puerta.)
Señor...
JULIAN. ¿Qué hay?
ANTONIO. Una señora
pregunta por don Ernesto.
JULIAN. ¡Es ella! Voy...
ERNESTO. (Queriendo detenerle.) ¡No!
JULIAN. ¡Tu puesto
es este! ¡Déjame ahora!
(Váse con Antonio por el foro.)

ESCENA X.

ELVIRA.—ERNESTO.—JULIAN dentro.

ELVIRA. ¡Padre!...
ERNESTO. ¿Por qué estás aquí!
¿A qué has venido?
ELVIRA. ¡A buscarte!
ERNESTO. ¡Habla!
ELVIRA. ¡Si no puedo hablarte
miéntras me mires así!

¡Vuelva á tus ojos la calma.
que son rayos sus destellos!

ERNESTO. ¡Es que se sale por ellos
la tempestad de mi alma!

ELVIRA. ¡Piensa en mi amor!

ERNESTO. ¡No prosigas!
¿Quién te ha impulsado á venir?

ELVIRA. ¡Si no lo puedo decir!

ERNESTO. ¡Si yo quiero que lo digas!

ELVIRA. (Dándole la carta que recogió en el acto anterior.)
¡Toma entónces!

ERNESTO. (Reconociéndola.) ¡Eh! ¡Qué veo!
¿Conque estaba en tu poder
esta carta?

ELVIRA. ¡Desde ayer!...

ERNESTO. ¡Si lo toco y no lo creo!

ELVIRA. ¡Recuerda bien la ocasion!
aquel tiro...

ERNESTO. ¡Oh! ¡yo deliro!...
¡Elvira!...

ELVIRA. ¡Mira si el tiro
fué á darme en el corazon!

ERNESTO. ¡Elvira!...

ELVIRA. ¡Mira brotar
fundida en gotas mi pena!
formen ellas la cadena
que te sujete á tu hogar!

ERNESTO. (¿Qué iba á hacer!...) ¡Hija querida!

ELVIRA. ¿Vendrás?... ¿no es verdad?

ERNESTO. ¡Sí á fé!
(Con resolucion.)
¡Iré!... ¡te juro que iré!

ELVIRA. ¡Ah! ¡Gracias! ¡Me das la vida!

ERNESTO. ¿Pero con quién has venido?
¿Dí?

ELVIRA. Juana me ha acompañado,
y en un coche se ha quedado
esperando.

ERNESTO. ¿No ha subido?

ELVIRA. No.

ERNESTO. Pues bien; ¡con ella ve!

ELVIRA. ¡Sin tí, jamás!

ERNESTO. Yo iré luégo.

ELVIRA. ¡Ahora! ¡Padre, te lo ruego

llorando!

ERNESTO. Digo que iré!

ELVIRA. No por mí; ¡no por mi amor!
nada vale mi agonía;
¡hazlo por la madre mia
que va á morir de dolor!
¡La pobre no sabe nada!
¡ocultarlo conseguí!
¡por eso he venido aquí
por tu cariño guiada!
¡En tu amor, padre, confío!

ERNESTO. (Con resolucion.)
¡Sí, sí!... ¡vamos, hija mia.!

ELVIRA. ¡Oh! ¡no sabes la alegría
que me das!... ¡Gracias, Dios mio!
(Se dirige hácia la puerta de la izquierda.)

ERNESTO. Pero ántes...

ELVIRA. ¿Qué?

ERNESTO. ¡Ven á mí!
¡Borre un beso mis excesos!

ELVIRA. ¡Ahora no, padre!... ¡mis besos
te esperan conmigo allí!

(Va á marcharse por la segunda puerta de la izquierda, seguida de Ernesto, y se detiene al oir dentro la voz de Julian.)

JULIAN. (Dentro.) Ernesto... (Llamándole.)

ERNESTO. (Con viva inquietud.) ¡Es su voz!
(Volviéndose hácia Elvira.)
¡Espera!

ELVIRA. (Con temor.) ¿Qué?

ERNESTO. ¡Juntos saldremos, sí!
¡Espera un momento aquí!
(Váse por la derecha.)

ELVIRA. Siento ruido en la escalera.

(Se acerca á observar por la puerta de la izquierda, y retrocede asustada al ver aparecer en ella á Federico.)

ESCENA XI.

ELVIRA.—FEDERICO.

ELVIRA. ¡Federico!
FEDERICO. (Con asombro.) ¿Será cierto!...
¡Elvira!... ¡tú!...
ELVIRA. (¡Qué ansiedad!)
FEDERICO. ¿Pero esto es la realidad
ó es que yo sueño despierto!
¡Habla!
ELVIRA. ¡No puedo!
FEDERICO. (Con insistencia.) ¡Habla!... ¡sí!
ELVIRA. ¡No me mires con enojos!
FEDERICO. ¡Dí que han mentido mis ojos!
¡porque al encontrarte aquí
siento!...
ELVIRA. Mi razon no acierta
á comprender...
FEDERICO. ¡Desgraciada!...
¡nunca mujer que fué honrada
pisó el umbral de esa puerta!
ELVIRA. ¿Qué dices!... (Aterrada.)
(Intentando arrodillarse.)
¡Ve mi afliccion!
FEDERICO. (Deteniéndola.)
¡No aumentes más tu mancilla!
¡Solo dobla la rodilla
quien confiesa su traicion!
ELVIRA. ¿Y crees que yo tal vez...
FEDERICO. Siendo cierta y siendo mala
¿qué nueva no se propala
con terrible rapidez?
Alguien te vió: ¡tras su indicio
vine... con loca inquietud!
ELVIRA. ¿Por qué á veces la virtud
tiene apariencias de vicio!
FEDERICO. ¡La virtud! ¡Quien más la invoca
ménos merece su palma!
¡Como su trono es el alma,
se la profana en la boca!

ELVIRA. ¡No, por Dios! ¡Tu idea olvida!
¡Mi corazon está puro!
¡Mírame! ¡sí!... ¡te lo juro
por la madre de mi vida,
por este inmenso dolor!
¡por nuestro amor!

FEDERICO. ¡Necia idea!
¿Cómo quieres que te crea
si lo juras por tu amor!

ELVIRA. Si aquí me has visto venir,
si sola me has sorprendido,
ha sido...

FEDERICO. ¿Por quién ha sido!

ELVIRA. (Luchando con sus ideas.)
¡No... no lo puedo decir!

FEDERICO. ¿Y así mitigas mi afan?
¿Y aún sostienes que es mentira?
¿Puede dudar quien te mira
en casa de tu Julian!

ELVIRA. (Con asombro y temor.)
¿Pero esta casa es la suya!

FEDERICO. ¿Y lo pregunta la impía!

ELVIRA. ¡Juro que no lo sabía!

FEDERICO. ¡Hay audacia cual la tuya!
¡Así sus faltas redimen!
¡Que no lo sepas es raro!
¡Te faltaba ese descaro
para completar tu crímen!

ELVIRA. ¡Oh! (Con vivo dolor.)
(Se oyen dentro, hácia la izquierda, risas y murmullos.)

FEDERICO. ¡Calla! (Escuchando.)

ELVIRA. (Idem) ¡Voces!...

FEDERICO. ¡Al fin!...
¡A escucharlas me resisto!

ELVIRA. ¿Quiénes son? (Con temor.)

FEDERICO. Los que te han visto
al cruzar por el jardin.
(Federico cierra con llave la segunda puerta de la izquierda.)

ELVIRA. (Aterrada fijándose en la accion de Federico.)
¿Cierras!

FEDERICO. ¡Aunque con horror

miro tu deshonra cierta,
quiero cerrar esta puerta
por donde sale tu honor!

ERNESTO. (Dentro.) ¡Elvira!...

ESCENA XII.

DICHOS.—ERNESTO por la derecha.

ELVIRA. ¡Mi padre!...
FEDERICO. (Procurando ocultarla para que no la vea Ernesto al salir.)
¡Ah!
¡No! ¡Que no te vea!
ERNESTO. (Apareciendo en la puerta.) ¡Elvira!
FEDERICO. ¡No! ¡Si no es ella! ¡Mentira!
(¡Si te ve te matará!)
ERNESTO. ¡Elvira!...
FEDERICO. ¡No me equivoco!...
ELVIRA. ¡Ven, padre! (Acercándose á él.)
FEDERICO. (¡Su padre aquí!)
¿Pero usted sabía?... (Asombrado.)
ERNESTO. Sí.
FEDERICO. ¿Qué es esto? ¡Me vuelvo loco!
¿La ha visto y no dice nada
al verla!
ERNESTO. (A Federico.) ¡Duda tal vez!...
FEDERICO. ¡Sólo sé que la honradez
nunca pisó esta morada!
ERNESTO. ¡Miserable, no prosigas!
¡Si no es ella .. si soy yo!
si ella ha venido...
ELVIRA. (Bajo á Ernesto, con viva expresion.)
(¡No... no;
no lo digas... no lo digas!)
FEDERICO. En vano calman mi afan,
nada con ello se gana,
el mundo dirá mañana
que es amante de Julian!
ELVIRA. ¡Oh! (Con rubor.)
ERNESTO. ¡Y manchará tal recelo
su candor siempre profundo!

¡Mentira, el fango del mundo
salpicar no puede al cielo!

ELVIRA. ¡Por piedad!

ERNESTO. ¡Mira esta frente!
ve en ella su alma lucir...
y atrévete á repetir
que Elvira no es inocente!

ELVIRA. ¡Padre... Federico!

ERNESTO. (Interponiéndose entre los dos para que Federico no se acerque á ella.)
¡Atrás!
¡Basta ya... basta, que es mengua
el no arrancarle la lengua!
(Dirigiéndose hácia Federico.)

ELVIRA. ¡A él!... ¡Jesus! no puedo más!
(Cae desvanecida en brazos de Ernesto.)

ERNESTO. ¡Hija! (Sosteniéndola.)

FEDERICO. ¡Elvira! (Acercándose.)

ERNESTO. (Rechazándole.) Su dolor
no insultes! ¡Véte, te digo!
(Dominado por su remordimiento.)
¡Yo el crímen y ella el castigo!
(Con delirio á Elvira.)
¡Vuelve en tí! ¡Mira mi amor!
¡Por salvarme vino aquí...
y yo al castigo la inmolo!
(Mirando al cielo con desesperacion.)
¡Pues lo merecí yo sólo,
venga sólo sobre mi!!

CUADRO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto, sin el velador en el centro.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO aparece pensativo sentado en una butaca, cerca del velador de la derecha.

¡Cuán débil la sociedad
juzga al hombre en sus errores,
siendo sus culpas mayores
si es mayor su impunidad!
¡Remordimientos abrigo
que infunden en mi alma miedo!
¡Quiero huirles... y no puedo,
porque los llevo conmigo!
(Breve pausa.)
¡Del pantano en que vivia
turbóse el cristal sereno,
y he salpicado de cieno
todo cuanto más queria!
¡Siempre delitos! ¡Qué horror!
¿Memoria... porqué has de ser
tan débil para el placer
y tan tenaz al dolor!
(Queda reflexivo.)

ESCENA II.

ERNESTO y RAMON por el foro, con una carta.

RAMON. Señor: una carta.
(Se la da á Ernesto y se retira por el foro.)
ERNESTO. (Leyendo la carta.)
"Ayer
"hiciste—decirlo quiero—
"lo que ningun caballero
"hace con una mujer.
"Si te has querido burlar
"de mí, sólo has conseguido
"que todo haya concluido
"para siempre. Y si evitar
"nuestro viaje proyectado
"quisiste con esa accion,
"puedes perder la ilusion
"porque no lo has evitado.
"Como hacerlo pronto ansío
"y tú no puedes viajar,
"me acompaña en tu lugar
"el marqués de Monte-frio."
(Con sentida expresion.)
¡El!...
(Dominándose y con digna resignacion.)
¡No mi suerte maldigo
al aceptar este agravio!
Justo es que su mismo labio
venga á imponerme el castigo!
¡Cese ya tan torpe afan!
¡Sólo el deber hable en mí!
RAMON. (Volviendo á aparecer en la puerta.)
Señor...
ERNESTO. ¿Otra vez aquí?
¿Qué hay?
RAMON. El señor don Julian.
ERNESTO. (¡Julian!) (Levantándose.)
(Ramon se retira al entrar Julian en escena.)

ESCENA III.

ERNESTO.—JULIAN por el foro.

ERNESTO. (Con inquietud.) ¿Tú en mi casa!
JULIAN. (Con fria ironía.) Sí.
¿Te sorprende? ¿Qué te pasa?
¿Te extraña verme en tu casa?
ERNESTO. ¿Qué vienes á hacer aquí?
JULIAN. ¿Lo dudas?—Vengo á buscar
lo que sin razon me vedan;
y vengo... porque aún nos quedan
muchas cuentas que ajustar.
ERNESTO. ¿Cuentas nosotros?... ¿De dónde?
Habla pronto.
JULIAN. Sí hablaré.
¿Dónde está Amelia?
ERNESTO. (Ocultando la carta.) No sé.
JULIAN. ¿Que no lo sabes?... ¡Responde!
ERNESTO. No sé.
JULIAN. ¿Piensas que me ofuscas?
¿Que eso puedas presumir!
¡Si al cabo lo has de decir!
¡Dilo!
ERNESTO. ¿Para qué la buscas?
JULIAN. Ni tú lo debes saber
ni yo lo debo explicar:
¡he venido á preguntar,
no he venido á responder!
¿Dónde la ocultas?
ERNESTO. ¿Y á mí
me preguntas lo que pasa?
Tú lo sabrás: en tu casa
por última vez la ví.
Allí me propuse ahogar
el fuego de mi pasion,
y allí murió mi ilusion
para no resucitar!
Si ese amor que te hace agravios
alguna vez con empeño,
al despertar de su sueño

pusiera un grito en mis labios,
te juro que me arrancára,
porque no lo repitiera,
la lengua que lo digera
y el alma que lo inspirára!

JULIAN. (Insistiendo en su propósito.)
Dí dónde la ocultas?

ERNESTO. ¡Yo!...

JULIAN. Sí; ¡tú! ¡á saberlo he venido!

ERNESTO. ¡Ya te he dicho que tú has sido
el último que la vió!

JULIAN. ¡La ví!... ¿pero cómo fué?...
¡Al saber que estaba allí,
—bien lo recuerdo,—corrí,
llegué, me vió, la miré,
y un sentimiento dormido
despertó en mí noble y bueno!..
¡flor que brotaba entre el cieno
de un corazon corrompido!
La hablé, y aunque mis enojos
disimular intentaba,
mi anhelo me delataba
asomándose á mis ojos!
Luégo huyó, sin que pudiera
decirla lo que sentia,
sin que al gritar... "hija mia"
mi pasado redimiera!
¡Sin que pudiera acusarte
por tu perfidia feroz!

ERNESTO. ¡Silencio!... baja la voz,
que Elvira puede escucharte.

JULIAN. ¿Y qué me importa eso á mí?
¡Que me escuche! así podrá
conocerte: así sabrá
la infamia que cabe en tí!

ERNESTO. ¡Julian!... ¡ve que es la hija mia!
compadece su amargura!

JULIAN. (Levantando la voz.)
¡Compasion!... ¿Tú, por ventura,
la has tenido de la mia!

ERNESTO. (Temeroso de que le oiga Elvira.)
¡Oh!... ¡no me hagas olvidar
que estás en mi casa!

JULIAN. (Con desprecio.) ¡No!
¡no es verdad! ¡Ni tú ni yo
tenemos casa ni hogar!
¿Así tus culpas olvidas?
¿Casa tú?... ¡Qué mas quisieras!
¡Las moradas de las fieras
no son casas... son guaridas!

ERNESTO. ¡Dices bien!... ¡Familia, hogar,
paz del alma, dulce fé...
si todo... todo lo hollé
¿cómo lo puedo invocar?
¡Mi pensamiento delira
y en mi frente ardiendo estalla!
¡Soy una fiera!... ¡mas, calla!...
¡que no lo escuche mi Elvira!
¡Son mis crímenes prolijos;
mas en luchas tan postreras,
no hay padres como las fieras
al defender á sus hijos!

JULIAN. ¡Si ha de saber tu falsía
aunque escucharme rehuya!
¡Si he de vengar en la tuya
las desgracias de la mia!

ERNESTO. ¡Calla!... ¡Calla!

JULIAN. ¡Sí, por Dios!

ERNESTO. ¡Mi misma culpa te ampara!
¡Nada puedo echarte en cara!
¡Somos iguales los dos!
¡Del lago de nuestra vida
brotó el fango negro y hondo,
y cuando el cieno del fondo
enturbia el agua dormida,
su impuro vapor que aterra
sólo engendra con su velo
las tempestades del cielo
y las pestes de la tierra!

JULIAN. ¡Verdad! ¡Con audacia rara
las culpas no se rediment!
¡sólo faltaba á tu crímen
que á tu misma hija infamára!

ERNESTO. ¿A mi Elvira?

JULIAN. Cuando fué
á buscarte...

ERNESTO. (Con ansiedad.) ¿Qué pasó?
JULIAN. Alguien sin duda la vió
entrar en mi casa...
ERNESTO. ¿Y qué?
JULIAN. ¡Que marcando torpe huella
en su honor puro y sincero
hoy dirá Madrid entero
que yo soy su amante!
ERNESTO. (Con horror.) ¿De ella?
JULIAN. ¡Y añadirá!...
ERNESTO. ¡Calla!... ¡no!
JULIAN. ¡Por verla más infamada,
que no puede ser honrada
mujer que en mi casa entró!
ERNESTO. ¡Infames!... ¡el rojo sello
de la calumnia en su frente
no marcarán torpemente!
JULIAN. ¡Es ya tarde!... En prueba de ello
que Federico se bate
por ella.
ERNESTO. (Con vivo interes.)
¿Cuándo?
JULIAN. No sé.
ERNESTO. ¡No! ¡no puede ser!... ¡yo haré
que mi voluntad acate!
JULIAN. Ayer noche en su presencia
la infamaron, é irritado
el rostro ha abofeteado
al que manchó su inocencia!
El duelo es á muerte.
ERNESTO. ¡No!
¡Yo lo evitaré!
JULIAN. ¡Imposible!
ERNESTO. ¡Lo evitaré! ¡fuera horrible
que mi hija!...
JULIAN. ¡Ya es tarde!
ERNESTO. Yo
tan grave causa haré mia!
por todo atropellaré!
JULIAN. ¡Loco estás!
ERNESTO. ¡Suplicaré!
¡les haré ver mi agonía!
¡diré á todos la verdad!

diré que soy un malvado,
y ella el ángel que ha salvado
con su amor mí dignidad!
Mi vida, que nadie ignora,
licenciosa y disipada,
de su honra mancillada
será su defensa ahora!
Nada me hará vacilar
aunque mi existencia exija,
que ante el honor de una hija
no puede un padre dudar!
—Y cuestiones terminemos,
que sé cuál es mi deber!
—¿Quiéres de Amelia saber?...
¡Toma!
(Dándole su carta, que Julian lee con vivo dolor.)
Los dos merecemos
ese castigo!

JULIAN. ¡Huye hoy
con el Marqués!... No será!
¡De mí no se apartará
ó dejo de ser quien soy!
(Váse por el foro.)

ESCENA IV.

ERNESTO.—ELVIRA por la izquierda, dirigiéndose hácia Ernesto, despues de ver salir á Julian.

ELVIRA. ¡Padre!...

ERNESTO. (Yendo á su encuentro y abrazándola con mucho cariño.)
¡Mi Elvira!
(Contemplándola.)
¡Rubor
me causa hasta tu mirada!
¿Aún me quieres?...

ELVIRA. (Con pasion.) ¡Si te quiero?...
Padre... con toda mi alma!

ERNESTO. (Estrechándola en sus brazos.)
¡Elvira mia!... Tu amor

luz es tan viva y tan clara
que disipa las tinieblas
que mi razon ofuscaban!

(Con creciente expresion.)

¡Devuélveme, hija querida,
la expresion de tus miradas,
tus suspiros, tus caricias,
tus risas... ¡y hasta tus lágrimas!
¡Devuélveme la alegría
que con tus besos me dabas!
¡Besos de un amor purísimo,
que no afrentan, que no manchan;
que aunque se dan en la frente
se reciben en el alma!

ELVIRA. ¿Por qué mi cariño pides
si nunca de tí se aparta!

(Variando de entonacion y con animada expre-presion toda la escena.)

Yo soy la que he cometido
contigo una grave falta,
y tu perdon sólo espero
para volver á tu gracia.

ERNESTO. ¡Yo perdonarte, hija mia!

ELVIRA. Escucha: anoche en mi estancia
ví á Federico; en sus ojos,
en la expresion de su cara,
ví sombra amenazadora
que sin piedad me acusaba.

(Ernesto la escucha con inquietud.)

¡Le amo mucho, padre mio!
Vi que mi amor se alejaba
de su corazon, matando
mis risueñas esperanzas,
y aturdida... vacilante...
le dí la funesta carta...

ERNESTO. ¡Que puso en riesgo tu vida!

ELVIRA. ¡Mi vida nada importaba,
puso en riesgo la ventura
que hoy devuelves á esta casa!
—Cobarde fuí: tuve miedo
de perder su amor, y...

ERNESTO. (Con cariño.) ¡Calla,
no mi perdon necesitas;

ningun secreto encerraba
ya ese papel, que yo mismo,
fiel guardador de tu fama,
publicaré!

ELVIRA. No, por Dios!
Si mi madre se enterára...

ERNESTO. ¡Tranquilízate, hija mia!

ELVIRA. Impaciente estás: ¿te marchas?
(Viendo que se dirige al foro.)

ERNESTO. Sí: más pronto vuelvo.

ELVIRA. Espera:
por mi desdicha no acaban
aquí mis temores.

ERNESTO. ¿Qué?

ELVIRA. Federico, traspasada
su alma de dolor, al verme
en aquella fatal casa,
vertió con amargo acento
de duda, algunas palabras
que tú rechazaste.

ERNESTO. Es cierto.

ELVIRA. ¡Padre... su perdon reclama
mi cariño!...

ERNESTO. ¿Pero temes
quizás...

ELVIRA. Temo que á esta casa
rehuse volver, y temo
que si su amor me faltára
moriria de pesar,
que en él mi existencia se halla!

ERNESTO. Serénate: yo ahora mismo
iré en busca suya, y...

ELVIRA. (Con alegría.) ¡Gracias,
padre mio, tú no sabes
qué inmensa alegría causan
á mi pobre corazon
tus cariñosas palabras!

ERNESTO. ¡Hija! mi Elvira!...

ELVIRA. En mi frente
sella tu amor!

ERNESTO. (Besándola.) ¡Pura y casta

mi alma redime!—¡El me espera!
¡Piensa en la dicha que aguardas!
(Váse por el foro.)

ESCENA V.

ELVIRA.—CONSUELO por la derecha.

CONSUELO. (Saliendo.) Elvira...
ELVIRA. (Dirigiéndose hácia ella y besándola con cariño.)
¡Madre!
(Con tristeza al notar la frialdad con que la recibe Consuelo.)
¡Tus besos
frios son ya! ¡tus miradas
ya el dulce calor no encierran
que yo sentia en mi alma!
CONSUELO. (Con seriedad cariñosa.)
¡Hija mia, es que es horrible
ese silencio que guardas
con una madre que en tí
cifra su amor y esperanza!
ELVIRA. (Con profundo dolor.)
¿Tambien dudas tú?...
CONSUELO. ¡No, Elvira!
¡Madre que á sus hijos ama
no duda de ellos jamás!
¡Ni mi corazon me engaña,
ni me ciega mi cariño;
pero son tantas las causas
que te acusan, que mi anhelo
es que una sola palabra,
que ansiosa espero, destruya
los temores que me asaltan!
ELVIRA. ¡Es imposible!
CONSUELO. Imposible...
¿Ves mis tormentos y callas?
ELVIRA. ¡Callo... y siento tu pesar,
que está destrozando mi alma!
No puedo hablar: algun dia
mi silencio que hoy rechazas

comprenderás.

CONSUELO. ¡Me confundes, hija mia!

ELVIRA. (Mirando hácia la puerta de la derecha.) ¡Ah!...

CONSUELO. (Mirando tambien hácia la derecha.) De su estancia sale mi padre.

ELVIRA. (¡Yo tiemblo! ¡su presencia me acobarda!)

CONSUELO. Procura calmar su enojo.

ELVIRA. ¿Has olvidado con cuánta dureza me trató anoche?

CONSUELO. ¿Y eso, hija mia, te extraña sabiendo cuánto te quiere? ¡Su mismo amor le cegaba!

(Aparece D. Lorenzo muy abatido en la puerta de la derecha.)

ELVIRA. (¡El es!... ¡Oh Dios!... ¡Dáme fuerzas que ya siento que me faltan!)

(Consuelo se dirige hácia D. Lorenzo, á quien acompaña hasta la butaca. Elvira queda inmóvil y temerosa al otro lado.)

ESCENA VI.

DICHOS.—DON LORENZO.

D. LORENZO. (A Consuelo desde la puerta.) (¿Qué dice Elvira?

CONSUELO. Se obstina en callar: ¡No sé la causa de ese silencio, mas juro que es inocente!

D. LORENZO. ¡Se trata de su honra!...

CONSUELO. ¡Lo sé, padre!

D. LORENZO. ¿Y no obstante, calla?

CONSUELO. ¡Calla!

D. LORENZO. Déjame solo con ella.

CONSUELO. Yo le ruego...

(En tono de súplica cariñosa, para que sea indulgente con ella.)

D. LORENZO. Quiero hablarla.

(Váse Consuelo por la izquierda.)

ESCENA VII.

ELVIRA.—DON LORENZO.

D. LORENZO. (¿Porqué calla! ¿Qué hay aquí!)
(Breve pausa.)

ELVIRA. ¡Ni una mirada siquiera!
Si es que le estorbo...

D. LORENZO. No: espera.
Acércate más á mí.

ELVIRA. (Con temor y alegría á la vez.)
¡Eso quiero! Que otra vez
cobre su amor nuevo brio:
¡hábleme usted sin desvio,
lo mismo que en mi niñez!

D. LORENZO. (Como hablando consigo mismo.)
A una niña conocí
que era toda mi alegría;
¡pero aquella no tenía
ni un secreto para mí!
¡ninguno! Si alguna vez,
por inocentes sonrojos,
el carmin con tintes rojos
encendió su palidez,
al mirarla con amor
vi correr por su belleza
el fuego de la pureza...
¡no la mancha del rubor!

ELVIRA. ¡Si en mí no cabe doblez!
Si de mi madre aprendí,
y al lado suyo no ví
más que virtud y honradez!
¡Si es el bien que de ella heredo
y toda mi alma enagena!

D. LORENZO. ¿Por qué callas si eres buena?
(Pausa.)
¿Dónde fuiste ayer?

ELVIRA. No puedo...
D. LORENZO. ¡Responde! ¡Pierdo la calma!
¿Por qué tu insistencia loca!
¿Acaso sellan tu boca
remordimintos del alma!
ELVIRA. ¡No!
D. LORENZO. ¿Por qué con elocuencia,
sin rubor y sin enojos,
no sale entera á tus ojos
pregonando tu inocencia!
(Con dulce entonacion, dominado por sus cariñosos recuerdos.)
¡Así, con amante anhelo,
en tu niñez la mostrabas
cuando conmigo jugabas
y eran mis brazos tu cielo!
¡Cuando en noches de reposo
de nuestras dichas en pos
nos sentábamos los dos
junto al hogar espacioso,
cuyo fuego abrasador
en secos leños crugía
y, sin embargo, no ardía
como el fuego de mi amor!
¡A traves de mis enojos
veo mis dichas lejanas!
¡tú jugando con mis canas,
yo... mirándome en tus ojos,
cual si buscase impaciente
su dulce calor perdido
el tronco ya carcomido
en el arbusto naciente!
¡Cómo olvidarlo—¡ay de mí!—
¡si ese recuerdo en los viejos
miéntras se mira más lejos
ménos se aparta de aquí!
(Señalando su frente.)
¡Y pensar que en torpe guerra,
perdidas todas sus galas,
el angel manchó sus alas
en el lodo de la tierra!
¡Dí que eso no puede ser!
¡Que es mentira cuanto veo!

¡Dílo!... ¡y te creo!... ¡te creo!
¡Si me hace falta creer!

ELVIRA. ¡Sí, padre! (Abrazándole.)

D. LORENZO. ¡Qué vas á hablar!
¡Mira mi afan y mi pena!
¡Si yo sé que tú eres buena!
¡Quiero oirte disculpar!
¡no más! ¡Desde tu niñez
nos une tal simpatía!

ELVIRA. ¡Sí, sí! ¡yo era su alegría!

D. LORENZO. ¡La dicha de mi vejez!
¡De aquella paz al reflejo
se encendió nuestro cariño!

ELVIRA. ¡Fué el primer amor del niño!

D. LORENZO. ¡Fué el último amor del viejo!

ELVIRA. ¡La torpe murmuracion
del mundo injusto me ofende!

D. LORENZO. ¡Pero quien no se defiende
al mundo da la razon!
¿Por qué no hablas, hija mia,
si eres buena con exceso!

ELVIRA. ¡Por eso, padre, por eso!
¡Si hablára no lo sería!

D. LORENZO. ¡No te comprendo!—¿Será
que ya á tí mi voz no alcanza?
(Con sentimiento.)
¿Es decir que mi esperanza
era un sueño!...
(Retirándola de su lado y variando de entonacion.)
¡Bien está!
(Breve pausa.)
Ya que de esa obstinacion
no te puedo disuadir,
escucha, que vas á oir
mi postrera decision.
¡La vida que lleva aquí
constantemente tu padre,
hace infeliz á tu madre.

ELVIRA. ¡No! ¡ya no es posible!

D. LORENZO. Sí.
Como él por todo atropella,
y en tí ninguno influimos,

mañana mismo partimos
ella y yo.

ELVIRA. (Con sentida expresion.)
¡Vivir sin ella!
¡Sin su amor, léjos de aquí,
¿dónde hallar paz ni consuelo,
cuando sin ella... ni el cielo
fuera cielo para mí!
(Con rápida expresion.)
Sin sus brazos, sin su amor,
para mí ya no tendria
luz el sol, ni encanto el dia,
ni la existencia calor!
¡Yo necesito mirar
su cariño á cada instante;
escuchar su voz amante;
este ambiente respirar;
verla, mirar sus enojos,
sus penas, sus embelesos,
y beber paz en sus besos,
y beber luz en sus ojos!
¡Vivir sin ella!... ¡qué horror!
¡Ay madre... madre querida!
¡Antes me falte la vida
que me encuentre sin tu amor!

D. LORENZO. ¡Habla... y acabe el sufrir!

ELVIRA. ¡El deber mis labios sella!

D. LORENZO. ¡Pues bien, vivirás sin ella!

ELVIRA. Sin ella... ¿puedo vivir!
Imposible!

ESCENA VIII.

DICHOS.—CONSUELO por la izquierda.

ELVIRA. (Al verla se dirige corriendo hácia ella, amparándose en sus brazos.)
¡Ah!... ¡Madre mia!
¡Madre de mi corazon!

CONSUELO. ¿Por qué lloras? ¿qué afliccion!

ELVIRA. ¿Sabes lo que me decia!
(Señalando á D. Lorenzo.)

¡Quiere separarnos!

CONSUELO. ¡Qué!
¡Eso no es posible! (Abrazándola.) ¡No!

ELVIRA. (A D. Lorenzo, sin separarse de Consuelo.)
¡Dice lo mismo que yo!
¡No es posible!... ¿Lo oye usté!

D. LORENZO. ¡Es que sospecha tan grave
quedar no puede ignorada!
¡Ninguno sabemos nada!...

ELVIRA. ¡Sí, padre, sí!... ¡alguien lo sabe!

D. LORENZO. ¿Quién?

ELVIRA. ¡Imposible!... ¡jamás!

CONSUELO. ¡Yo te lo ruego!... ¡tu madre!
¿Quién? ¡Elvira!... ¿quién?

ELVIRA. ¡Mi padre!
¡No puedo deciros más!

D. LORENZO. ¿Cómo?

CONSUELO. ¿Tu padre dijiste!...

D. LORENZO. ¡Eso dijo!
(A Consuelo, fijándose en su inquietud, nacida de sus sospechas.)
¿Qué te pasa?

CONSUELO. ¿Él estaba en esa casa?

ELVIRA. No sé.

CONSUELO. Pero... ¿tú le viste!

ELVIRA. No sé.

CONSUELO. (¡Sospecha cruel!)

D. LORENZO. ¡Consuelo! (Viendo su afliccion.)

CONSUELO. Aunque el golpe es rudo,
ya lo entiendo; ¡ya no dudo!
¡Hija!... ¡tú has ido por él!

D. LORENZO. ¡Habla!...

CONSUELO. ¡Te vende tu afan!

D. LORENZO. ¡Por su padre!...

ELVIRA. (¡Qué agonía!)

CONSUELO. Tras esa mujer iria
á la casa de Julian!

ELVIRA. ¡No le falte por infiel
tu amor puro y verdadero!
¡niégamelo á mí primero
que se lo niegues á él!

CONSUELO. (A don Lorenzo.)
Su sentimiento al hablar

nos dice que es inocente!

D. LORENZO. (A Elvira con pasion.)
¡Es verdad!... ¡Alza la frente,
que bien la puedes alzar!

CONSUELO. ¡Por mí su dicha inmolaba
miéntras que yo la ofendia!

D. LORENZO. ¡Y yo en su afrenta creia
al ver que á todo callaba!
(Con rapidez y expresion.)

CONSUELO. ¡Ven y calma mis ideas!

D. LORENZO. ¡Ven y mis pesares mira!

CONSUELO. ¡Hija del alma!

D. LORENZO. ¡Mi Elvira!

CONSUELO. ¡Bendita!

D. LORENZO. ¡Bendita seas!
(Pausa.)

ELVIRA. ¡Mucho he sufrido! es verdad.
¿Mas qué importa lo pasado?
ya sólo miro á mi lado
amor y felicidad!
¡Pronto, sin más aflicciones,
de su dicha en el exceso,
vendrá mi padre y un beso
fundirá tres corazones!
(A Consuelo con alegría.)
¡Ya sólo piensa en tu amor!
¡Qué dichosa vas á ser!
¡Borre en tu rostro el placer
los estragos del dolor!

CONSUELO. ¡Sí!

ELVIRA. ¡De sufrir basta ya!

D. LORENZO. ¡Eres un ángel!

CONSUELO. ¡Sí á fé!

D. LORENZO. Y tu padre ¿dónde fué?

ELVIRA. Con Federico vendrá:
¡fué á buscarle.—¡Madre mia!
¡qué placer más codiciado!
¡Bien haya el dolor pasado
que acaba en tal alegría!
—Ya tarda! (Con inquietud.)

CONSUELO. Deja el temor.

D. LORENZO. Yo iré...
(Se dirige hácia la puerta del foro.)

CONSUELO. (A Elvira.) Tu ansiedad mitiga!

D. LORENZO. (Desde la puerta.)
¡Aquí está!

ELVIRA. ¡Dios le bendiga,
que con él vuelve mi amor!
(Se dirigen hácia el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—ERNESTO, que aparece muy agitado en la puerta del foro, y al verlos queda sumamente abatido.

ELVIRA. (Acercándose á Ernesto con viva impaciencia.)
¡Padre!

CONSUELO. ¡Ernesto!

D. LORENZO. ¿Qué ha pasado?

ELVIRA. ¿Y Federico?... ¡No vienes
con él... ¡Responde!

CONSUELO ¿Qué tienes?

ELVIRA. ¡Estás trémulo!... ¡alterado!

ERNESTO. (Queriendo en vano disimular su turbacion.)
¿Yo?... ¿por qué?

ELVIRA. ¡Dí lo que sea!
¡Me haces temblar!

ERNESTO. ¡Hija mia!...

ELVIRA. ¡Habla!. . ¡No ves mi agonía!
(Asaltada por el temor de una desgracia.)
¡Ese silencio!... ¡Qué idea!
—¡Tú fuiste á buscarle!...

ERNESTO. (Abatido.) Sí.

ELVIRA. ¿Por qué no vienes con él!
¡Callas!... ¡Sospecha cruel!
(Dando un grito poseida ya de su temor.)
¡Jesús!

CONSUELO. ¡Elvira!...

ELVIRA. ¡Ay de mí!

CONSUELO. ¿Qué es eso?

D. LORENZO. ¿Qué has presumido?

ELVIRA. (A Ernesto, ya con delirante expresion.)
¿Por qué callas?

ERNESTO. (Aterrado.) ¡Yo!...

ELVIRA. ¿Por qué?

ERNESTO. ¡Tú... no sabes!...

ELVIRA. (Con seguro acento.) ¡Sí lo sé!
¡Federico se ha batido!

CONSUELO. / D. LORENZO. (Con sorpresa.) ¡Eh!

ELVIRA. (Dominada por su dolor y por sus recuerdos.)
¡Cuando anoche le ví,
ardiendo en ira exclamó:
"te calumnian!... ¡pero yo
te vengaré!... ¡Fia en mí!"
—¡Sí!... ¡se ha batido!

CONSUELO. ¡Qué horror!
¡No digas eso!

D. LORENZO. ¡Ten calma!

ELVIRA (Con toda la expresion de su alma, echándose en brazos de Consuelo.)
¡Ay Madre!... ¡Madre del alma!

CONSUELO. ¡Hija mia!

D. LORENZO. ¡Ten valor!

ELVIRA. (A Consuelo, con vivo dolor, señalando á Ernesto, que permanece silencioso y aterrado.)
¿No ves su rostro?... ¿No ves
que calla?
(Acercándose rápidamente á Ernesto.)
¡Oh!... ¡herido!...
(Aterrada por su temor.)
¡¡Muerto
tal vez!!
(Fijándose en Ernesto y asegurándose en su terrible pensamiento al verle aterrado y mudo.)
¡Sí!!
(Dando un grito desgarrador y esforzándose por no caer al suelo. Consuelo la sostiene.)

CONSUELO. ¡Elvira!...

D. LORENZO. (A Ernesto con rapidez y en voz baja.)
(¿Eso es cierto?

ERNESTO. ¡Por desgracia sí lo es!

D. LORENZO. ¿Qué dices!... ¿ha muerto!...

ERNESTO. ¡Sí!)

(Elvira, dominada ya por su dolor, se esfuerza por romper á llorar y no puede. D. Lorenzo y Consuelo la acompañan hasta el confidente, donde cae presa de una mortal angustia, que sostiene hasta el final del acto.)

CONSUELO. ¡Hija!... ¡hija mia!... (Esto ahora!)
D. LORENZO. ¡Elvira!
CONSUELO. ¡Llora!...
D. LORENZO. ¡Sí!... ¡llora!...
CONSUELO. ¡No hay más penas!...
D. LORENZO. ¡Vuelve en tí!
CONSUELO. ¡Hija!
D. LORENZO. (A Consuelo.) ¡Lloremos los dos!
ERNESTO. (Saliendo de su abatimiento y queriendo acercarse á Elvira.)
¡Oh!
D. LORENZO. (Rechazándole.) ¡No!
ERNESTO. (Con desesperacion.) ¡Dejadme á su lado!
D. LORENZO. ¡Aparta!... ¡Tú la has matado!
ERNESTO. ¡Piedad!
D. LORENZO. ¡Justicia de Dios!
¡De tus faltas, que maldigo,
no tuvo el cielo piedad!
ERNESTO. (Con toda la expresion de su dolor.)
¡Hija del alma!...—¡Mirad...
SOBRE QUIÉN VIENE EL CASTIGO!

FIN DEL DRAMA.